

Papa León XIV

VIAJE APOSTÓLICO A FRANCIA

25 al 28 de septiembre de 2026



León XIV

VIAJE DEL PAPA A FRANCIA

DISCURSOS, HOMILÍAS Y ORACIONES

PARÍS, LOURDES, METZ

DEL 25 AL 28 DE SEPTIEMBRE DE 2026

www.opusdei.org

© Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana

www.vatican.va

Editor digital: www.opusdei.org

Índice

A los periodistas durante el vuelo Roma-París

A las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

Visita a la UNESCO

Vísperas en la Catedral de Notre-Dame

Vigilia de oración con los jóvenes en el Stade de France

Visita a la *Maison Bakhita*

A la Asamblea sinodal provincial, los catecúmenos y los neófitos

Santa Misa en la Plaza de la Concordia

Oración en la Gruta de Massabielle

A los obispos de la Conferencia Episcopal de Francia

Santa Misa en Lourdes

Ángelus

A los enfermos y acompañantes del *Accueil Notre-Dame*

Rosario y procesión *aux flambeaux*

Encuentro interreligioso en Metz

«A las raíces de Europa por la paz y la unidad»

Santa Misa en la Catedral de San Esteban de Metz

PALABRAS DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS DURANTE EL VUELO ROMA-PARÍS

Vuelo Papal

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Gracias. Buenos días a todos.

Bonjour!

Good morning!

Como decimos en inglés: «Bienvenidos a bordo». Me alegra verlos a todos ustedes esta mañana y me complace saludarlos brevemente en esta etapa del viaje. Me gustaría referirme, de manera especial, a aquellos de ustedes que viajaban conmigo cuando regresábamos a Roma desde España y quisiera pedirles disculpas personalmente por un incidente ajeno a mí, que creo dejó descontentos a algunos de ustedes porque no pudimos volar juntos de regreso a Roma.

Por esa razón, quisiera saludarlos a todos sinceramente y darles las gracias por la cobertura de este viaje a Francia, en el que, como saben por la nota de prensa que ya han recibido, se tratarán varios temas muy importantes. Ante todo, viajo a Francia, al igual que a cualquier otro lugar del globo, como seguidor de Jesucristo que desea proclamar la paz, la paz de Cristo, por todo el mundo. Es un mensaje que, en estos momentos, como todos sabemos, reviste una importancia especial.

Así que gracias por estar aquí, gracias por el trabajo que están realizando. Espero verlos durante el viaje y tendremos ocasión de dialogar un momento a la vuelta. Muchas gracias.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO

Palacio del Elíseo (París)

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Señor Presidente,

*distinguidas autoridades y miembros del cuerpo diplomático,
señoras y señores:*

Para mí es un gran placer estar hoy entre ustedes. Le estoy particularmente agradecido, señor Presidente, por su cordial invitación a visitar Francia, y le agradezco las palabras de bienvenida que acaba de dirigirme. A través de usted, saludo también a todos los que habitan este país de vasto patrimonio cultural y religioso. Juntos forman un pueblo en el que la diversidad de orígenes contribuye a dinamizar y enriquecer la convivencia y la vida democrática. También quiero asegurarles, señor Presidente, señoras y señores, que Francia ocupa muy a menudo un lugar especial en las oraciones del Papa, que no olvida sus raíces familiares normandas y bearnesas.

Mi visita a Francia comienza por la capital de su país, París, a la que a menudo se le conoce como «la Ciudad de la Luz». Desde hace siglos, Francia brilla como un faro cultural, artístico y espiritual, no sólo en Europa, sino también en el mundo. Gracias a sus escuelas catedráticas, sus universidades y sus academias — lugares esenciales para la búsqueda de la verdad—, Francia ha contribuido a forjar la inteligencia de los pueblos, mucho más allá de sus fronteras. La lucidez de excepcionales espíritus franceses, que fueron al mismo tiempo grandes católicos, pone de relieve hasta qué punto las ciencias, las artes, la literatura y la filosofía pueden contribuir al bien de la humanidad cuando se orientan hacia la búsqueda de lo bello, lo bueno y lo verdadero, *para que el mundo tenga vida.*

La maestría francesa es sinónimo de excelencia en numerosos ámbitos. Se ha destacado de manera notable, en particular, en la vasta obra de restauración de la catedral de *Notre-Dame* de París, en la que participaron desde el inicio numerosas instituciones, tanto privadas como públicas, y a la que usted, Señor Presidente, le ha prestado una atención especial, que le agradezco. Saludo con gratitud a todos los artesanos y gremios que se comprometieron con este proyecto. La reciente reapertura de la catedral para la celebración del culto divino, así como para los visitantes de todo el mundo, constituye la culminación de una hazaña técnica y, a la vez, el símbolo de una esperanza recuperada, la prueba de que lo que se creía destruido para siempre puede renacer gracias a la colaboración de todos y el testimonio de una unidad alcanzada mediante el esfuerzo común. Un logro tan hermoso debe inspirar a todos los actores de la vida política, social y religiosa del país, a tener un nuevo impulso para trabajar sin cesar con espíritu de unidad y con la fuerza de una esperanza viva.

Francia es también una tierra de profundas raíces cristianas. Desde san Ireneo y el bautismo de Clodoveo, el alma de su patria se ha desarrollado nutriéndose del cristianismo para forjar un genio espiritual, cultural, intelectual, artístico y misionero que hoy irradia su influencia por el mundo entero. Así fue como en la Francia del siglo XVI floreció el humanismo, que buscaba unificar la herencia grecorromana y la fe cristiana. A los célebres pensadores del Renacimiento, y luego del Gran Siglo, sucederían los de la *Ilustración*; con ellos, entonces, Francia aportó al mundo auténticos logros; entre ellos, el reconocimiento de los «*Derechos Humanos*» inscritos en la naturaleza de la persona humana, en particular el de la libertad religiosa. Esta atención permanente a la dignidad inherente a toda persona humana encuentra eco en su lema nacional. La libertad, la igualdad y la fraternidad no son simples palabras grabadas en los frontones de sus edificios públicos, sino que remiten a exigencias éticas universales que encuentran también en el mensaje evangélico una fuente inagotable de inspiración y plenitud.

La Declaración universal de los Derechos Humanos, proclamada en esta ciudad de París —y en cuya elaboración el jurista francés y

Premio Nobel de la Paz, René Cassin, desempeñó un papel destacado— tuvo como objetivo crear una conciencia general sobre la dignidad inalienable de la persona humana. San Juan Pablo II, que consideraba este documento como «una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad», era consciente de que «toda amenaza a los derechos humanos, bien sea en el ámbito de los bienes materiales, bien sea en el de los bienes espirituales, es igualmente peligrosa para la paz, porque afecta siempre al hombre en su integridad»^[1].

La cuestión del respeto a la dignidad humana y a los derechos y libertades fundamentales que se derivan de la naturaleza humana se plantea en todas las épocas y debe acompañar los cambios de la sociedad y el avance técnico. En efecto, «a lo largo de los siglos, el desarrollo tecnológico ha contribuido a una mejora significativa de las condiciones de vida de la humanidad; al mismo tiempo, cada etapa del progreso también ha puesto de manifiesto el lado ambiguo de instrumentos capaces de causar daño cuando no se orientan hacia el bien» (*Magnifica humanitas*, n. 4). Ya en su época, Georges Bernanos percibía el riesgo de que la obediencia ciega y la irresponsabilidad se convirtieran en los amos de un «Paraíso de las Máquinas». Destacaba cómo, para escapar de ellas, la civilización francesa, por el contrario, había trabajado durante siglos en la formación de hombres libres, plenamente responsables de sus actos^[2].

Por esta razón, me pareció indispensable abordar en mi primera carta Encíclica el tema de la Inteligencia Artificial, con el fin de volver a situar a la persona humana en el centro de toda reflexión. Para no perder nuestra humanidad en medio del «Paraíso de las Máquinas» que invaden y condicionan nuestra vida cotidiana, es urgente formar las mentes en un discernimiento ético capaz de distinguir lo que es moralmente bueno. Esta exigencia es necesaria para reconocer el bien verdadero que hace crecer al hombre según su vocación primordial, en el respeto incondicional de su libertad interior y de su dignidad sagrada. A este respecto, quisiera recordar «que una sociedad verdaderamente libre no impone la uniformidad, sino que protege la diversidad de conciencias, previniendo las tendencias autoritarias y promoviendo un diálogo

ético que enriquece el tejido social» (*Discurso a los miembros del cuerpo diplomático, 9 enero 2026*). Este diálogo resulta aún más urgente en el contexto de la Francia de hoy, donde personas de diferentes orígenes culturales y religiosos están llamadas a convivir y a contribuir a la edificación de la sociedad.

Es precisamente gracias a la riqueza de su tejido social que, desde hace siglos, Francia se distingue por su atención a la diversidad y por un fuerte deseo de solidaridad. A través de la obra destacada de hombres y mujeres que se mantuvieron fieles a su humanidad y a los valores del Evangelio, la Iglesia católica en Francia no ha dejado de trabajar por el bien de los más necesitados, convirtiéndose en el rostro vivo de la ternura y de la compasión de Dios. Pensemos en la obra de san Vicente de Paúl, en la renovación caritativa del siglo XVII y, aún hoy, en el personal de las numerosas instituciones católicas que acompañan a nuestros hermanos y hermanas debilitados por el sufrimiento. Sus testimonios de atención y servicio constituyen una verdadera escuela de humanidad sobre la grandeza del cuidado y un recordatorio conmovedor del valor único e insustituible de cada ser humano. Son también una invitación a una fraternidad renovada que exige aprender a acoger la vida sin condiciones, a sostener la fragilidad con ternura, a acompañar con respeto y confianza mutua cada etapa de la existencia y a defender, con valentía y compasión, a quienes no tienen voz o no se sienten lo suficientemente apoyados. Por eso reafirmo «con fuerza que la tutela del derecho a la vida constituye el fundamento imprescindible de cualquier otro derecho humano» (*ibid*).

Existe en nuestros días la tentación de esperar que la ciencia nos brinde una solución y un consuelo para todos nuestros sufrimientos. El riesgo es, a menudo, caer dicha ilusión. Cuando la ciencia y la tecnología no están guiadas por la conciencia, pueden proponer soluciones inmediatas que parecerían responder a los deseos y sufrimientos de los hombres y mujeres, pero que, en realidad, consiguen desviarlos gravemente del bien al que aspiran profundamente. A veces constato con preocupación ciertas derivas de las sociedades actuales que corren el riesgo de convertir la ciencia y la tecnología en empresas lucrativas que favorezcan las

manipulaciones genéticas, la gestación subrogada, la compra de órganos o la oferta de una muerte programada. No olvidemos que el respeto mutuo y la protección de la vida de toda persona humana constituyen una responsabilidad de cada uno y de todos, que comienza con una conversión de la inteligencia y del corazón, y que requiere un compromiso real y desinteresado para con nuestros hermanos y hermanas.

¿Cómo no observar también, en este compromiso, una expresión de la justa laicidad de la ciudad terrenal? El cristiano que participa en la vida pública y actúa según la luz de su conciencia iluminada por la fe no puede ser considerado un proselitista ni una amenaza para la unidad de la patria. Efectivamente, «el auténtico laicismo no excluye la dimensión religiosa, sino que, por el contrario, sabe atesorarla como un recurso educativo» (*Discurso a los participantes en el Encuentro Nacional de Profesores de Religión Católica*, 25 abril 2026).

Es precisamente por eso que la escuela católica ocupa un lugar importante en el panorama educativo de un país como Francia. «Esto, por otro lado, forma parte de una actitud más amplia, indispensable para todo diálogo en la escuela como en la sociedad: conocer y amar lo que somos, para ser capaces de encontrar a los demás con respeto y apertura» (*ibid*).

Por tanto, una justa laicidad no consiste en excluir a la religión del espacio público o de la educación, sino en trabajar para que el Estado y las instituciones religiosas dialoguen entre sí y unan sus fuerzas al servicio de lo verdadero, lo bueno y lo bello, *para que el mundo tenga vida*. En este sentido, celebro el trabajo realizado en el marco de la Instancia de Diálogo entre la Santa Sede, la Iglesia católica en Francia y el Gobierno francés. La incansable labor de la Iglesia católica, a través de la riqueza de sus expresiones e instituciones, es sin duda valiosa y loable para el bienestar de toda la sociedad. Estos intercambios ilustran muy felizmente esa sana complementariedad que fue reafirmada durante el Concilio Vaticano II, en el sentido de que «la comunidad política y la Iglesia [...] aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la

cooperación entre ellas» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 76-3).

Constato también, con alegría, que esa misma voluntad de servir juntos a toda persona, sin importar su origen, ha inspirado durante siglos la cooperación entre Francia y la Iglesia católica al servicio de los cristianos de Oriente. La labor educativa, social, cultural y humanitaria que se lleva a cabo en los países de Medio Oriente, en colaboración con diversas asociaciones como Ayuda a la Iglesia Necesitada o *Œuvre d'Orient*, constituye una valiosa contribución al diálogo entre los pueblos y a la defensa de los derechos de toda persona.

Tenemos aquí un testimonio elocuente en el que la cultura y la fe se presentan como pilares que favorecen la armonía entre diferentes pueblos y religiones al servicio de la paz y la mediación entre los seres humanos. También en este ámbito, la educación constituye un tema de especial importancia. De hecho, sigue siendo, uno de los principales campos de cooperación y encuentra una expresión, concreta y fructífera, en el *Fondo para las Escuelas de Oriente*. Al respecto, deseo expresar mi gratitud a todas las personas comprometidas con este proyecto y que, desde su fundación en 2021, ha permitido brindar apoyo a más de doscientas sesenta instituciones educativas en el Medio Oriente, incluidas siete universidades en el Líbano y la Universidad de Belén.

Pero, ¿cómo evocar esta región del mundo, donde nació el Príncipe de la Paz hace dos mil años, sin pensar también en todas esas poblaciones afectadas por las consecuencias de los conflictos y en todos aquellos que padecen el flagelo de la guerra? No podemos permanecer indiferentes ante tales sufrimientos que hieren la dignidad humana y claman justicia ante Dios. La gravedad de estas situaciones debe interpelarnos y llama a cada uno, allí donde se encuentre, a una verdadera conversión del corazón y a un cambio de actitud. Reconociendo humildemente la necesidad que tenemos unos de otros podremos trabajar juntos, con mayor empeño, en la construcción de la civilización del amor en el corazón de nuestro mundo, que se ha vuelto tan complejo e interdependiente (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, n. 182). Al

mismo tiempo, como ya lo afirmaba en su momento mi santo predecesor Juan XXIII, «la justicia, la recta razón y el sentido de la dignidad humana exigen urgentemente que cese ya la carrera de armamentos; que, de un lado y de otro, las naciones que los poseen los reduzcan simultáneamente; que se prohíban las armas atómicas; que, por último, todos los pueblos, en virtud de un acuerdo, lleguen a un desarme simultáneo, controlado por mutuas y eficaces garantías» (Carta enc. *Pacem in terris*, 112). En efecto, se difunde cada vez más la convicción errónea de que la posesión de armas nucleares sería una garantía de seguridad, lo que alimenta una nueva carrera armamentista difícil de controlar (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 194). Sin embargo, la paz no es un equilibrio de fuerzas; se construye cada día a través del diálogo y la justicia.

Por eso, les exhorto a no resignarse nunca ante la perspectiva de una guerra considerándola «inevitable», sino a promover sin descanso el diálogo y la diplomacia, con el fin de preservar sociedades pacíficas, respetuosas de la dignidad y los derechos de las personas y de los pueblos. Ante el estruendo de las guerras y las variadas crisis que sacuden a nuestro mundo, Francia tiene la vocación de seguir siendo un incansable artífice de la paz y del multilateralismo, especialmente en el seno de nuestra querida Europa. Que Francia, fiel a sus valores, abra el surco de una paz desarmada y desarmante, y ofrezca con responsabilidad su insustituible contribución a favor de la paz. Que su libertad crezca sin cesar en la búsqueda del bien común. Que su fraternidad abrace a toda la humanidad. Y que la igualdad a la que aspiran se establezca siempre sobre los cimientos de la justicia y de la caridad, sin suprimir las diferencias entre las personas, sino haciéndolas fructificar armoniosamente en beneficio de toda la sociedad.

Señor Presidente, señoras y señores, deseo expresarles una vez más mi gratitud por este encuentro que, retomando las palabras —significativas para todos— pronunciadas por Su Excelencia ante los obispos de Francia en 2018, pone de manifiesto como «una Iglesia que pretende desinteresarse de las cuestiones temporales no completaría su vocación; y un presidente que pretendiera

desinteresarse de la Iglesia y de los católicos faltaría a su deber»^[3]. Tengan la seguridad de mi fervientemente oración por su hermosa Nación.

Que Dios le conceda paz, unidad y prosperidad *para que el mundo tenga vida*. Encomiendo estos deseos a la intercesión maternal de la Santísima Virgen María, Patrona principal de Francia.

¡Que Dios bendiga a Francia y a todos los franceses!

[1] S. Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 7 y 14, 2 octubre 1979. <<

[2] Cf. G. Bernanos, *La France contre les robots*, Río de Janeiro 1946, 114. <<

[3] E. Macron, *Discours du Président de la République devant les Evêques de France*, Collège des Bernardins, 9 abril 2018. <<

[Volver al índice](#)

VISITA A LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA (UNESCO)

Sede de la UNESCO (París)

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Señor Director General,

Señor Presidente de la Conferencia General,

Señor Presidente del Consejo Ejecutivo,

Excelencias,

Señoras y Señores:

Me da mucha alegría encontrarme hoy aquí, en esta Asamblea de las Naciones Unidas, donde las lenguas y las culturas se unen para colaborar en un proyecto que concierne a toda la familia humana: «Contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales» (*Constitución de la UNESCO*, art. 1, párr. 1). Construir juntos un mundo justo es, en efecto, el fundamento mismo de la cooperación internacional. Nuestras experiencias, aptitudes y competencias tienen como objetivo crear un espacio acogedor para todos y fecundo para cada uno, para que todos los pueblos puedan crecer en paz.

Como testigo de la paz, dirijo mi cordial saludo a ustedes, representantes de los Estados miembros y Observadores de las organizaciones internacionales, del mundo académico y de la sociedad civil. Agradezco al señor Khaled El-Enany, Director General de esta Organización, por su cálida invitación [y por las palabras que nos ha dirigido]. En mi calidad de pastor, les transmito la palabra de la Iglesia, que se hace incesante «mensaje y coloquio» dirigido a todos los pueblos, mujeres y hombres de buena voluntad (cf. S. Pablo VI, Carta enc. *Ecclesiam suam*, 34).

El proyecto de construir juntos un mundo justo coincide con una misión que hemos aprendido a compartir a lo largo de la historia. En este sentido, la UNESCO representa tanto un objetivo como una herramienta para continuar hoy esta tarea, con un compromiso aún mayor, de acuerdo con nuestros múltiples ámbitos de actividad. En 2027 celebraremos el 75 aniversario de la presencia de la Santa Sede en la UNESCO: una presencia que surge de la convicción de que el futuro depende, ante todo, del respeto y la promoción de la dignidad inalienable de cada ser humano creado a imagen de Dios. Por ello consideramos a esta Organización como un interlocutor privilegiado al servicio del bien común, que es la «forma social de la dignidad» que todos compartimos de manera original e igualitaria (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 59). Desde 1952, la Misión Permanente de Observación de la Santa Sede discierne y acompaña, desde esta perspectiva, las iniciativas de la UNESCO, aportando su contribución al diálogo entre las naciones, con el fin de promover un auténtico desarrollo humano, que sólo es tal cuando está orientado a «promover a todos los hombres y a todo el hombre» (S. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 14).

Dirigiéndose a esta asamblea, mi venerado predecesor, san Juan Pablo II, recordaba que «*genus humanum arte et ratione vivit*». Puesto que, de hecho, «el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura» (*Discurso a la UNESCO, 2 junio 1980*, 6; cf. Sto. Tomas de Aquino, en *Aristotelis Posteriora Analytica*, 1), esta palabra se refiere a la forma de ser mediante la cual el ser humano le da sentido a todo lo que hace. Cuarenta y seis años después, al renovar ante ustedes el compromiso de colaboración de la Santa Sede, los invito a considerar la UNESCO no sólo como una ilustre organización internacional, sino también como un lugar donde la humanidad reflexiona sobre sí misma, sobre su historia y sobre su futuro. En efecto, es imposible promover la educación, las ciencias y la cultura sin promover la vida del hombre y de la mujer, quienes son sus protagonistas.

En el ámbito de la educación, la Iglesia católica aporta una experiencia muy antigua: desde hace siglos, sus comunidades abren escuelas y universidades, enseñan a leer y a escribir, y están

presentes incluso en los lugares más pobres y remotos. Con el *Pacto educativo global*, mi predecesor Francisco quiso integrar esta experiencia en una alianza educativa más amplia, abierta a la contribución de todos. Pero lo que deseo transmitirles no son, ante todo, las obras: es la convicción de la que surgen estas. Ninguna educación está completa si no aborda la cuestión del sentido. En ese mismo discurso, san Juan Pablo II lo recordaba: educar es ayudar al hombre a «ser» más y no sólo a «tener» más, reconociendo en él también esa trascendencia de la persona que pertenece a la plenitud de su humanidad (cf. *ibid.*, 10-11).

En esta asamblea, entonces, conviene explorar una pregunta fundamental que nos interpela con urgencia: *¿Qué significa ser humano?* Todas las culturas se ven interpeladas por este interrogante, que se encuentra en el núcleo de toda forma de conocimiento, de todo arte y de toda religión. Incluso en el siglo XXI, no podemos dar por sentado que sabemos quién es la persona humana o qué significa vivir como ser humano. Efectivamente, cada generación está llamada a enfrentarse a esta pregunta, especialmente ante las tragedias que, lamentablemente, suceden incluso hoy en día.

Ante todo, la persona humana es alguien que es concebido y nacido; por lo tanto, ser humano significa, en primer lugar, ser un hijo. Ninguno de nosotros eligió serlo. Nadie decidió de quién, cuándo o dónde nacer. Esta verdad evidente arroja luz sobre algo que no es meramente biológico, sino ético: como hijos, todos somos hermanos y hermanas. Desde el principio, nuestra humanidad es un don y una prueba, una promesa y una responsabilidad. Para cada ser humano, el nacimiento establece un vínculo primordial, una comunión de vida que tiene su origen, y su primer entorno educativo, en la familia.

En segundo lugar, todos nacemos desnudos y necesitados. Somos pobres por nacimiento: necesitados de pan y de palabras, de cuidados y de afecto; es decir, de todo aquello que nutre el cuerpo y el espíritu. Lo sabemos bien; y, sin embargo, al volvernos adultos, corremos el riesgo de olvidarlo. Precisamente quienes están necesitados son los que sufren las mayores consecuencias de este olvido, cada vez que su humanidad es traicionada o

descartada, explotada o engañada. Olvidar las circunstancias de nuestro nacimiento oscurece la idea misma de la vida humana, porque separa la vida de la historia que todos compartimos. Entonces, esta vida ya no se entiende como un don, sino como un producto. Deja de verse como una llamada al cuidado y a la responsabilidad y se convierte en un producto susceptible de explotación. De hecho, esta trágica alternativa nos recuerda que ser humano es ser libre por naturaleza. Dado que todos somos hijos, nuestra libertad comienza con nuestra respuesta a la libertad de quien se dirige a nosotros primero, ya sea con gestos de afecto o de rechazo, de acogida amorosa o de abandono y crueldad.

En tercer lugar, mantener viva la memoria de nuestra humanidad común es reconocer su grandeza —es decir, su inmenso potencial—, aunque se vea menoscabada por tantas formas de maldad e injusticia. Quienes se dedican a la educación, la ciencia y la cultura están llamados, con mayor razón, a cuidar de cada persona, para que resplandezca la belleza de nuestra libertad. Esta belleza tiene un nombre: justicia. Sí, la libertad es hermosa cuando se orienta hacia el bien y la verdad; se desfigura cuando degenera en arbitrariedad, violencia o sed de poder. Ser humano implica, entonces, una responsabilidad ante la historia. El ser humano es aquel que crece, aprende y trabaja con las manos y con la mente. Mediante ese trabajo, se puede cultivar la tierra o desfigurarla, crear obras de arte o destruirlas. En este momento concreto, debemos reconocer que la más terrible de las «obras humanas» es la guerra; porque en ella la propia ciencia queda puesta al servicio de una voluntad inhumana de destruir y de matar.

A este respecto, el *Preámbulo* de la Constitución de la UNESCO comienza con unas palabras que siguen teniendo una sorprendente relevancia en la actualidad —como hemos visto en el «Muro por la Paz»—: «Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz» (*Constitución de la UNESCO*, Preámbulo, 1945). Estas palabras se escribieron tras la Segunda Guerra Mundial, la tragedia más devastadora del siglo pasado. La humanidad había llegado a comprender que el progreso científico,

cuando se separa de la sabiduría, puede convertirse en un arma de destrucción; que la cultura, cuando se somete a la ideología, puede degenerar en falsedad y propaganda; y que la educación, cuando abandona la verdad, puede convertirse en un instrumento para manipular las conciencias. Los Estados fundadores de la UNESCO entendieron que los tratados son necesarios, pero no suficientes por sí mismos. Requieren una cultura de paz y un compromiso compartido con la paz, que los sustenten. La paz no puede construirse sólo con tratados, ni con compromisos entre fuerzas opuestas. La paz es auténtica cuando brota de la virtud de la justicia y no de un simple contrato, de una voluntad recta más que de un equilibrio inestable de intereses. A decir verdad, sólo una voluntad recta puede reconocer en el otro a un hermano o una hermana, a una persona semejante a uno mismo.

Ochenta años después, las palabras de su Carta constitutiva no han perdido nada de su fuerza. Sin embargo, también vemos cuán profundamente se ve amenazado este principio común por formas de barbarie que alimentan la rivalidad y el conflicto. Entre los desafíos que enfrenta hoy el mundo de la ciencia y de la educación, quisiera poner de relieve aquellos que surgen del vasto campo de la tecnología. Nuestros esfuerzos en este ámbito deben garantizar que las nuevas tecnologías sigan estando al servicio de la persona humana, en lugar de convertirse en un instrumento más de dominación e injusticia.

A lo largo de los siglos, muchas tareas que antes realizaban los seres humanos han sido confiadas a las máquinas, cuyas capacidades y aplicaciones no han dejado de ampliarse. Más recientemente, a ciertos sistemas artificiales se les ha otorgado incluso el nombre de nuestra facultad humana del pensamiento: la inteligencia. Al mismo tiempo, sin embargo, nuestras ideas y relaciones corren el riesgo de empobrecerse debido a un proceso de deshumanización. La paradoja resulta cada vez más evidente: mientras se atribuye «inteligencia» a los sistemas computacionales, nos cuesta reconocer la dignidad inalienable de las personas, cuyas vidas se juzgan según el criterio de la eficiencia y, cuando se considera que ya no son productivas, son rechazadas y descartadas.

Esta dolorosa realidad nos invita a reflexionar tanto sobre la fragilidad de nuestra naturaleza humana como sobre la inmensa dignidad de cada persona humana —una dignidad que permanece intacta en las circunstancias de mayor vulnerabilidad, incluso hasta la muerte—. Sí, el ser humano es, sin duda, aquel que nace, pero también *aquel que muere*. Nuestra dignidad no se ve destruida por la enfermedad ni por el sufrimiento, ni depende de nuestras capacidades. Al contrario, exige un cuidado amoroso en cada etapa de la vida.

Para la fe cristiana, el misterio de la persona humana encuentra su máxima plenitud en Cristo, quien, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). A la luz de Él, cada persona se nos presenta como una criatura querida y amada por Dios. Esta luz también nos ayuda a comprender más profundamente el significado de nuestra experiencia humana compartida.

Señoras y señores, como hombres y mujeres de ciencia, están llamados a cooperar incansablemente en nombre de nuestra historia común, para que, desde una diversidad de perspectivas, surja una convergencia de visiones y, de esa convergencia, una armonía en la acción. Esta armonía se expresa en la labor de la UNESCO cuando da una voz sinfónica a las más altas aspiraciones orientadas al bien y al cuidado de la humanidad. Donde hay armonía, las diferentes voces llegan a un acuerdo, y las naciones que ustedes representan se unen así en la concordia.

A este respecto, me gustaría recurrir a dos imágenes de la Biblia, el gran tesoro cultural de la humanidad: la Torre de Babel y la plaza pública de Pentecostés. Las propongo como formas de representar la unidad de la familia humana, la cual, incluso hoy, está continuamente llamada a discernir su rumbo adecuado, es decir, el sentido de la historia que está viviendo. En efecto, estos relatos bíblicos describen formas de vida social que nos invitan a reflexionar sobre las circunstancias de nuestro propio tiempo.

La Torre de Babel representa una unidad impuesta mediante la dominación (cf. *Gn* 11,4). Al mismo tiempo, este edificio revela

que, cuanto más busca el poder la opresión, más se debilita a sí mismo, dejando al descubierto su rostro inhumano. Lo vemos en el sufrimiento y la injusticia causados por el despotismo, así como en formas de explotación que hieren tanto a la sociedad como al medio ambiente. Como enseña la historia, muchos imperios se han dejado llevar por su poder antes de ser consumidos por él y derrumbarse como una torre. El resultado de esta soberbia, primero exaltada y después abatida, es la dispersión. La pretensión de hacerse como Dios y someter a los pueblos a un único yugo conduce a la confusión de lenguas y a la falta de comprensión mutua. En vez de alcanzar el cielo, como pretendía, la Torre de Babel se derrumbó, con una doble consecuencia negativa. Puesto que la unidad que imponía era forzada, también la diversidad que sigue a su derrumbe se convirtió en fuente de conflicto. Hoy, la tentación de Babel reaparece en una globalización perseguida sin fraternidad, en formas rapaces de neocolonialismo, en imposiciones ideológicas y en todos esos «contactos sin vínculos» que reducen la vida humana al comercio (cf. Comisión Teológica Internacional, *Quo vadis, humanitas?*, 42). La ciencia misma, cuando se reduce a una técnica de poder, ya no sirve para elevar a la persona humana, sino que, por el contrario, corre el riesgo de degradar los frutos de su esfuerzo.

De manera especial hoy, contamos con medios capaces de conectar a las personas y a los continentes de manera instantánea; sin embargo, al mismo tiempo, somos testigos de nuevas formas de aislamiento, de pobreza material y espiritual y de abandono. La comunicación se ha vuelto mucho más rápida, pero no necesariamente más veraz; la información es abundante, pero no es sinónimo de sabiduría. Sin un fundamento ético compartido, los numerosos canales de comunicación corren el riesgo de multiplicar la información falsa y dar vigencia a palabras desprovistas de significado, lo que obstaculiza el diálogo en lugar de fomentarlo.

La inteligencia artificial amplifica este problema: aunque estos sistemas pueden correlacionar datos, no pueden responder a las preguntas sobre el sentido de la vida humana, que tiene sus raíces en la experiencia vivida. No obstante, los seres humanos no

pueden vivir sin sentido. El sentido es el oxígeno de la mente. Por esta razón, los desafíos de la comunicación, que son también siempre desafíos de la educación, convierten la búsqueda de la verdad en una cuestión de justicia social y equidad histórica. De ahí que la educación en este ámbito sea esencial, y aplaudo la iniciativa de la UNESCO a través de su programa de «Alfabetización Mediática e Informacional» (AMI), que promueve el uso responsable de los medios y las herramientas digitales.

Ciertamente, sin la verdad, el lenguaje queda sometido a la lógica de la violencia y a la voluntad arbitraria de los poderosos. Así, se excluye a otros en nombre de la ganancia, y se mata a inocentes en nombre de la libertad. En lugar de respetar la ley, quienes están en el poder la invocan cuando les conviene y la ignoran cuando les limita, tratando incluso a la justicia misma como si fuera una mercancía que se puede comprar y vender. Si comprendemos que la corrupción de la ley comienza con la corrupción del corazón, podemos reconocer cómo toda ciencia corre el riesgo de perder su sentido propio cuando se practica al margen de la ética, dejando así de servir y de reflejar la dignidad humana.

Con respecto a esto, animo a toda la comunidad internacional a prestar especial atención a la protección de los niños y los jóvenes. En la era digital, su vulnerabilidad nunca debe convertirse en una oportunidad para la explotación. Que estas tecnologías apoyen su crecimiento, su educación y sus relaciones, salvaguardando su libertad de pensar y discernir, y permaneciendo siempre al servicio de la dignidad de la persona humana.

La corrupción de la cultura que estamos considerando encuentra su redención en la plaza pública de Pentecostés. Allí, todos los pueblos reciben como buena noticia un mensaje de paz. Ese anuncio proclama la resurrección de Jesús, es decir, la victoria de la vida sobre la muerte y la salvación que da esperanza al mundo. El día de Pentecostés, la plaza pública se convierte en un lugar donde se celebra la paz que sana toda ofensa contra la persona humana. Cada uno de los presentes escuchaba el mensaje en su propia «lengua nativa» (cf. *Hch* 2,8). La comunión no suprime en absoluto la diversidad. Más bien, permite que la diversidad florezca en la armonía de las voces y los rostros. En el anuncio de

la paz, la riqueza de las culturas se convierte en portadora de una verdad universal. La enseñanza bíblica nos muestra así el camino para alcanzar lo que todos buscamos: «esa unidad que no anula las diferencias, sino que valora la historia personal de cada uno y la cultura social y religiosa de cada pueblo» (*Homilía en la Misa del Inicio del Ministerio Petrino, 18 mayo 2025*). No es la dominación de Babel, sino la paz de Pentecostés, la que hace posible esta comunión entre todos los pueblos. Cada cultura, por tanto, alcanza su más alta sabiduría cuando busca la paz y el bien de todos, dando testimonio del auténtico significado de nuestra humanidad.

Quienes se dedican a la educación saben que sólo la verdad nos hace libres. Quienes enseñan y quienes investigan saben que el error nos esclaviza a la ignorancia y a la superstición. Cada vez que nos encontremos con obstáculos en nuestra misión, recordemos que hay una sola Tierra para todos y una naturaleza humana común. No se puede comprender al ser humano separando lo que forma parte de un todo: el cuerpo y el alma, la vida personal y las relaciones, nuestra relación con los demás y con el medio ambiente. Todo forma parte de la unidad de nuestra existencia. Por esta razón, cultivar la tierra también significa cultivar la humanidad que la habita. La educación y la ciencia están llamadas a esta tarea. En realidad, no es casualidad que toda cultura, según la propia etimología de la palabra, se refiera al acto de cultivar. Renuevo, por tanto, la llamada de mis predecesores a cuidar juntos de la persona humana y de la creación: el Papa Benedicto XVI habló de la necesidad de una ecología de la persona humana, mientras que el Papa Francisco desarrolló la perspectiva de la ecología integral (cf. Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento Federal Alemán, 22 septiembre 2011*; Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 137–162).

El punto de referencia con el que podemos evaluar nuestro compromiso es el cuidado que prestamos a los más pequeños y a los pobres: los niños en el vientre de sus madres y en los distintos escenarios de guerra; las personas con discapacidades físicas e intelectuales; los adultos mayores; los migrantes y los refugiados; y todos aquellos a quienes la arrogancia excluye por considerarlos improductivos. Ellos son la verdadera prueba de nuestras

afirmaciones sobre el respeto a la dignidad humana, y su protección y promoción se extienden también a la creación. En oposición a esto se encuentra una voluntad de explotar y saquear, de extraer lo máximo posible de cada ser vivo, de consumir sin preservar y destruir sin cultivar. Por eso, la actual crisis ecológica es también una crisis antropológica. La Iglesia está convencida, además, de que cada cultura lleva en sí misma una sabiduría que madura en un ecosistema de pueblos. El hábitat de la persona humana es la sociedad: no un entorno meramente físico como el desierto o el océano para los animales, sino uno moral y relacional. Donde prevalece la paz social, los pueblos prosperan en justicia.

Es ahí, pues, donde la UNESCO encuentra la síntesis de sus altas misiones educativas y científicas: en la paciente tarea de construir la paz. Ante las numerosas y complejas urgencias de nuestra época, el mundo mira a las instituciones internacionales con sentimientos encontrados. Por un lado, están llamadas a afrontar desafíos que ningún Estado puede resolver por sí solo. Por otro lado, estas mismas instituciones atraviesan una crisis de eficacia, sobre todo cuando el diálogo se considera un obstáculo para la acción en lugar de un recurso para la paz; como una forma de hipocresía, en vez de una oportunidad para buscar juntos el bien común. Ante estas desviaciones, es necesario promover una virtud tan escasa como deseada: la confianza; confianza en que las diferencias no constituyen necesariamente una amenaza; confianza en que el diálogo sincero puede generar un bien mayor que aquel que cada uno podría obtener por sí solo. La Santa Sede desea infundir esta confianza en la UNESCO, al igual que en las demás organizaciones internacionales, consciente de que cada pueblo posee una riqueza que compartir en la búsqueda del progreso auténtico que solo la paz puede garantizar. No se trata de proponer un optimismo ingenuo, que ignore las dificultades, sino de perseverar en la esperanza de que el bien siempre es posible. Cada niño que nace trae consigo esperanza. Cada hombre y cada mujer que dedica su vida a la búsqueda de la verdad realiza un acto de esperanza. Que la UNESCO dé, pues, testimonio de esta esperanza al promover el entendimiento entre las naciones, a través del diálogo entre sus respectivas culturas. Creemos, en efecto, que la educación es el instrumento que permite superar los

temores recíprocos y que la ciencia puede ponerse al servicio de la vida de cada ser humano, sembrando hoy las semillas de una buena cosecha para el futuro. Esta confianza alimenta nuestra esperanza en la caridad, es decir, en el servicio al bien del prójimo: si todos nos dedicamos con coherencia a nuestra magnífica humanidad, la paz podrá finalmente florecer.

Mientras colaboramos en esta labor, las tradiciones religiosas desempeñan un papel culturalmente necesario e insustituible, y las religiones expresan nuestras inquietudes ante el origen de la vida y su fin, al darle sentido al propósito primero y último de la existencia, lo cual se refleja en las decisiones cotidianas. En verdad, cuando los hombres y las mujeres de buena voluntad orientan sus acciones hacia Dios, el pluralismo de las culturas no se dispersa en el caos de Babel. La humanidad, por el contrario, se reencuentra en una búsqueda común de sentido y hacia un destino que no es la muerte. No caminamos hacia la nada. Por eso, el alma humana, en su relación con Dios, percibe aún mejor la llamada a cultivar la paz mediante una alianza entre pueblos que se reconocen como hijos del mismo Padre y como hermanos y hermanas.

Deseo, por tanto, que nuestro encuentro fortalezca el compromiso de cada uno para trabajar sin descanso para que la conciencia de pertenecer a una sola familia humana se haga más viva, más activa y más justa. Al respecto, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todo el personal de la UNESCO, que cumple con competencia y dedicación esta misión tan noble: edificar la paz mediante el cultivo de todas las ciencias y todas las artes del ser humano.

Dirijo estas palabras a todos ustedes, a los pueblos que representan y, muy especialmente, a los jóvenes. Son, en efecto, las nuevas generaciones las que observan con mayor atención nuestra labor. Mientras que apoyo sus aspiraciones de justicia, con gratitud y estima, invoco sobre todos ustedes y sobre sus naciones la abundancia de las bendiciones de Dios, Creador todopoderoso y misericordioso. Gracias.

[Volver al índice](#)

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS DIÁCONOS, LOS CONSAGRADOS, LAS CONSAGRADAS Y LOS SEMINARISTAS

Catedral de Notre-Dame de París

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La oración de la tarde nos reúne en este lugar que, desde hace siglos, más que ningún otro, invita a París, a elevar la mirada al cielo. Han pasado siete años desde que el mundo entero, conteniendo el aliento, vio cómo la catedral era devorada por un terrible incendio. Ya en aquel entonces levantamos la mirada, desconcertados, conscientes de la impotencia humana ante lo imprevisible. Aquel dolor no fue únicamente el de los católicos, ni siquiera el de los creyentes. En aquella hora dramática comprendimos que *Notre-Dame* es mucho más que un monumento. La participación de todos en su reconstrucción y, hoy, el esplendor del resultado, muestran que en este lugar late el corazón de un pueblo; que nos encontramos en el centro vital de una civilización; que aquí el pasado y el futuro se abrazan y el cielo y la tierra se encuentran.

He querido encontrarme con ustedes en este lugar emblemático de la Iglesia en Francia. Es para mí una alegría haber cruzado su umbral hace apenas unos instantes, como lo hacen cada día miles de hermanos y hermanas que llegan aquí desde todos los rincones del mundo. El simple hecho de entrar nos coloca ante una belleza que habla a nuestro corazón inquieto y lo llama a la paz. Al devolverle este espacio a toda la humanidad, se ha comprendido bien hasta qué punto cada visitante puede dejarse renovar por lo que ve, escucha y experimenta. Las instituciones —públicas, eclesiales y privadas— implicadas en la restauración de *Notre-Dame* han contribuido así, cada una con su aportación específica, a reactivar los caminos culturales, existenciales y espirituales que la catedral ofrece. En este contexto, la Iglesia ha entendido su

misión no únicamente en términos de conservación, sino también de creatividad, haciendo vivir la tradición con la audacia de quienes tienen fe y miran hacia la Esperanza. Quiero agradecer por ello al señor arzobispo, a sus colaboradores y a la comunidad diocesana de París, que han concebido igualmente un itinerario pastoral de primer anuncio y de iniciación cristiana accesible a todos. El baptisterio, situado a la entrada como una bendición y una invitación, es signo de ello.

La reconstrucción de la catedral ha sido ocasión de un encuentro que ha ensanchado los espacios de acogida y participación más allá de las fronteras de la pertenencia eclesial. Queridos obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y seminaristas de Francia: idéjense inspirar por lo que ha sucedido aquí! Den prioridad a la *Evangelii gaudium*, es decir, a esa conversión misionera de la que el Papa Francisco nos dio testimonio desde su primera Exhortación apostólica.

En la Carta a los Gálatas hemos escuchado la razón por la que no debemos tener miedo: «Dios envió a su Hijo» (*Ga* 4,4). ¡Lo envió entre nosotros, a nuestro mundo! En el texto paulino, el verbo describe un acontecimiento real, histórico, y no unas circunstancias ideales. Los cristianos no huyen de la complejidad, porque Dios mismo los ha llamado a seguir a su Hijo en un mundo ya habitado, ya en movimiento, ya marcado por las miserias y la bondad de los seres humanos. El camino de la cruz revela, ciertamente, las tinieblas que atraviesan el mundo, pero, de manera aún más radical, el amor de Dios que triunfa sobre la muerte.

La planta en forma de cruz de la catedral, donde se funden piedra y luz, evoca el encuentro entre la tierra y el cielo. Reúne y ordena los acontecimientos de la historia, tejida de alegrías y sufrimientos humanos. Los mantiene unidos en una dinámica simbólica que construye un lenguaje vivo a partir de expresiones diversas, integrándolas en una unidad.

Queridos amigos, de la Encarnación —«Dios envió a su Hijo»— brota la identidad de la Iglesia, llamada a estar siempre «en salida». Como discípulos de Cristo, saben bien que la comunidad cristiana no constituye un refugio en el que replegarse para

protegerse de su época. Al contrario, se ofrece, como las antiguas catedrales, como un espacio de acogida, respeto, revelación y sentido para todos. Ahí reside la fuerza de una Iglesia viva: acoger la periferia que ya se encuentra en su corazón, acoger a quien está lejos, pero en realidad ya está cerca, acoger al extranjero en quien Cristo llama ya a la puerta.

Si *Notre-Dame* es signo de este encuentro en el corazón de París, con mayor razón las demás ciudades y regiones de Francia, incluso las más periféricas y rurales, podrán ser transfiguradas por una presencia misionera, sencilla y benévola, que contribuya asimismo a armonizar las diferencias culturales y a sanar las heridas presentes en nuestras sociedades. Desde las costas del Norte hasta el Mediterráneo, desde las regiones del interior hasta los Departamentos de Ultramar, sean una Iglesia viva, multiforme y cercana. La pobreza de medios no impide la misión, porque es la gracia de Dios la que hace posibles la libertad interior y la sobriedad de vida, de modo que pueda reflejarse un estilo evangélico. En todo ello, valoren con confianza la presencia misionera de los fieles laicos, que son la avanzada viva de la Iglesia en las encrucijadas de la vida cotidiana.

Hermanos y hermanas: tampoco debemos olvidar que la finalidad para la que fue erigido este templo, como todas las demás iglesias, es la oración y la alabanza a Dios. Es el lugar donde la comunidad cristiana celebra la forma más alta de oración y de alabanza, renovando en la Eucaristía el sacrificio redentor de Cristo. La catedral no es una envoltura de piedra destinada a ser admirada: vive del misterio sagrado que en ella se celebra. Privada de la acción litúrgica, perdería su alma. Aquí, en *Notre-Dame*, esta verdad queda de manifiesto en la disposición del altar en el centro del espacio. De este modo, la comunidad que alaba al Señor se encuentra en el corazón del edificio y los visitantes, incluso durante las celebraciones, caminan a su alrededor y la contemplan. La Iglesia aparece de este modo tal como es: un organismo vivo, una comunidad creyente, que reúne en la alabanza cuanto la cultura y la Tradición le transmiten. Es un cuerpo que, al celebrar, manifiesta a todos la razón de su existencia.

Hoy más que nunca vivimos en una época que parece privada de plenitud, profundidad y promesas. La noble sencillez del canto, de la palabra y del gesto litúrgico puede representar para muchos un destello de esperanza, un oasis de paz en una sociedad hiperconectada y ruidosa, donde es posible experimentar la presencia del Autor del amor más grande: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4). La celebración del año litúrgico, del domingo y de las fiestas nos hace también contemporáneos de Cristo, atentos a los distintos momentos de su vida, entregada enteramente al Padre por el mundo. De este modo nos hacemos más sensibles y abiertos a los signos de los tiempos. En efecto, la escucha comunitaria de las Escrituras y la oración nos permiten contemplar los acontecimientos históricos a la luz de Dios, volviéndonos más conscientes de nuestras responsabilidades, capaces de desenmascarar relaciones injustas de poder y de preservar las semillas de justicia y de paz. Es, pues, la esperanza la que nos anima, no la resignación. De ahí nacen vínculos de mayor fraternidad y redes de solidaridad, fruto de la comunión en el único Sacrificio de Cristo.

A ustedes, que celebran diariamente la Eucaristía, les pido que velen para que las celebraciones litúrgicas se vivan siempre con dignidad y decoro, también allí donde se reúnen comunidades más pequeñas. Sean herederos conscientes de los Padres y de los Santos de la Iglesia que, a lo largo de los siglos, nos han transmitido el significado profundo y la belleza de la liturgia, dando siempre testimonio de una gran humildad ante el Misterio celebrado. El Concilio Vaticano II, cuya riqueza debe mucho a Francia, recogió y profundizó de manera eminente esta herencia, reconociendo su lugar central en la vida eclesial (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10). Les exhorto, por tanto, a todos ustedes, obispos, sacerdotes, diáconos y consagrados, a cultivar un amor auténtico por la liturgia y a ser testigos y servidores de la vocación profética, sacerdotal y real de todo el pueblo de Dios.

En esto, la liturgia sigue siendo reflejo de la vida. La alegría eucarística se afirma y se difunde allí donde se recupera la armonía, donde renace la dignidad, donde la autoridad se convierte en servicio, donde la libertad vuelve a abrirse camino.

Este es el don más grande que podemos compartir. Antepongan, por tanto, la comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia a sus sensibilidades personales, para cultivar la unidad del pueblo de Dios. Juntos seremos la profecía de que un mundo reconciliado es posible.

Queridos obispos, sacerdotes, seminaristas y consagrados: a ustedes que han sido llamados a seguir a Cristo, les agradezco su respuesta y su fidelidad al Señor. No descuiden jamás esa amistad, querida por el Señor, que ha de cultivarse en la oración personal, fundamento esencial de toda vocación. Como decía Madeleine Delbrêl: «Sin oración, no amaremos a Dios con amor. Quizá seamos sus servidores o sus combatientes, o incluso sus discípulos; pero no seremos ni hijos amantes de nuestro Padre ni amigos [...] de Jesucristo» (*La alegría de creer*, Santander 1997, p. 213). Cuiden, pues, su vida interior con el Señor a la luz de la escuela de los numerosos santos que les han precedido, bebiendo siempre de la fuente del amor infinito de Dios en la oración silenciosa. Su misión brota ante todo de esa relación íntima con el Señor, que allí les espera.

En el corazón de la ciudad, la catedral abierta es signo de una comunidad que alaba al Señor y vive la hospitalidad como forma misma de su existencia, para que todos puedan sentirse en casa, sin quedar dominados ni marginados en un mundo que muta. «Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, [...] para que recibiéramos la adopción filial» (*Ga* 4,4-5). Y «si eres hijo, eres también heredero» (*Ga* 4,7). Herederos por gracia, hermanos y hermanas aquí reunidos, le corresponde ahora a cada uno de ustedes, a esta asamblea orante y viva, hacerse carne y voz de esta promesa. Pastores y consagrados de Francia, están llamados a ser los primeros custodios de esta casa abierta, piedras vivas de una Iglesia que espera y no teme el futuro. Esta catedral ha renacido para que ustedes puedan renacer con ella en un nuevo impulso de santidad y de misión cotidiana. En medio de su pueblo, sean expresión transparente de la maternidad divina de la Iglesia que, dando testimonio del amor de Dios, reconstruye y sana la familia humana.

Levantemos la mirada hacia la imagen del siglo XIV de la Virgen con el Niño, que el incendio no alcanzó y que resplandece de nuevo ante nosotros. Que María, que llevó al Verbo en su seno, custodie su fidelidad y sea la estrella que guíe la misión de la Iglesia en Francia. Santa María, *Notre-Dame de Paris* y Madre de la Iglesia, ruega por el pueblo francés, sostén a sus pastores y camina siempre a nuestro lado.

[Volver al índice](#)

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES

«Stade de France», Saint-Denis

Viernes, 25 de septiembre de 2026

Diálogo con el Santo Padre

Pregunta de Chloé

Santo Padre, le agradecemos su presencia entre nosotros esta tarde y por este momento de diálogo que nos ofrece.

Me llamo Chloé, tengo 25 años y estoy terminando los estudios en farmacología. Formo parte de un grupo de jóvenes católicos de los barrios populares de Île-de-France: La Cité Céleste. Organizamos en particular eventos ocasionales como noches de adoración y alabanza, que reúnen a numerosos jóvenes del barrio deseosos de vivir y compartir ampliamente su fe. También estoy comprometida en mi parroquia, especialmente con los jóvenes de la escuela secundaria. A través de estos diferentes compromisos, me interesa poner mi energía y mis competencias al servicio de los demás, creando un vínculo entre la fe, los jóvenes y las realidades vividas diariamente en nuestros barrios.

Como dice san Pablo, «para nosotros, vivir es Cristo». Sin embargo, la sociedad en la que vivimos se basa en otros principios y a veces parece incluso ajena a la cuestión de Dios. Queremos anunciar a Cristo, con fuerza y perseverancia, a quienes nos rodean, pero también, naturalmente, con respeto y delicadeza hacia los que encontramos. ¿Cómo podemos conjugar la fuerza de nuestro impulso misionero con la autenticidad de una vida fraterna con aquellos que no comparten nuestra fe?

Queridos amigos, la primera cosa que yo quisiera decir es muy simple: ¡gracias! Gracias a Dios, gracias a ustedes, gracias por su valentía, gracias por su presencia, gracias por su fe. ¡Ustedes son los santos de Francia!

Y gracias Chloé por tu pregunta. La frase de san Pablo que has citado no es una simple afirmación. Es una auténtica síntesis de su vida. En estas pocas palabras, tan breves pero decisivas, escuchamos una alabanza y una oración, un acto de fe y un camino de santidad recorrido hasta el martirio. «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1,21). Al repetir esta declaración de amor, tratamos de compartir la experiencia del apóstol. Él, de hecho, nos da testimonio de cómo Dios nunca es ajeno a su vida, sino que, al contrario, sale a su encuentro: lo llama junto a sí, lo transforma interiormente y lo envía al mundo.

También hoy, todos nosotros estamos involucrados en esta dinámica espiritual: es verdad, como tú has dicho, que la sociedad en la que vivimos parece indiferente a Dios. Sin embargo, ¡el Señor no es indiferente a nosotros! Esto es lo que cuenta y nos da esperanza. Que muchos sean ajenos a la cuestión de Dios es, en efecto, un problema; pero lo es igualmente que muchos sean ajenos a la cuestión del hombre. Cuántas personas, por desgracia, se desinteresan del prójimo, viviendo de manera egoísta o desprecian a los pobres desperdiciando sus bienes en cosas vanales. Cuántos descartan a los sencillos y a los enfermos, pensando que alguien vale por lo que produce. Pienso particularmente, en tu compromiso en los barrios populares de *Île-de-France* con *La Cité Céleste*: es allí, en la concreción de la vida cotidiana, e incluso en las dificultades, que tu fe se vuelve un vivo testimonio de esperanza.

Es el hombre quien se extravía cuando afirma que Dios ha muerto: si Dios no está con él, el hombre ya no tiene salvación y pierde el sentido de su existencia, que queda reducida a un callejón sin salida o a la nada. Experimenta exactamente lo contrario quien dice: «Para mí la vida es Cristo». En Cristo, de hecho, sabemos que Dios nunca es indiferente al hombre. Por medio de Jesús, crucificado y resucitado, dona su propia vida para que nosotros vivamos. He aquí entonces el modo de anunciar a Cristo conjugando valentía y respeto: anunciarlo como Evangelio de salvación, como Palabra de verdad y de vida. Este Evangelio es buena noticia para todos, anuncio liberador y regla de vida nueva.

El Evangelio de Jesús, en realidad, no conduce al conflicto, sino que siempre invita al perdón: mientras ilumina el drama de la historia, nos educa en el cuidado fraterno. El encuentro con Cristo nos abre al diálogo y nos prepara para su paz, porque ofrece a cada hombre y mujer la mayor promesa que cumple todo deseo: la promesa de la vida eterna.

Querida Chloé, queridos jóvenes, la experiencia religiosa de cada persona expresa esa búsqueda de sentido que anima el alma. En Jesús, el Redentor del mundo, Dios se deja encontrar hablando «a los hombres como amigos» (*Dei Verbum*, 2). Él es la fuente de agua viva, la luz en las tinieblas. Por tanto, con la alegría de la fe, exclamemos juntos esta noche: *¡para nosotros vivir es Cristo! Todos juntos: ¡para nosotros vivir es Cristo!*

Gracias a Él podemos unir el celo misionero con la experiencia de la fraternidad hacia quienes no creen o pertenecen a otras tradiciones religiosas. Esta fraternidad, compuesta por la escucha y la estima mutua, hunde sus raíces en la unidad de la familia humana, que a lo largo de la historia ha expresado la dimensión religiosa como una característica vital de todo pueblo.

Cultivar un vínculo fraternal con quienes no comparten nuestra fe contribuye así a la construcción de la sociedad; además, puede convertirse en un ejercicio de fe y caridad, porque es imposible dar testimonio de Cristo sin amar a quienes deseamos anunciarlo. Un signo alentador de esta fraternidad son las reuniones entre jóvenes de la zona mediterránea que han tenido lugar en los últimos años.

Por tanto, el mensaje cristiano no es un obstáculo para la convivencia fraterna, al contrario, lo promueve, porque invita libremente a cada persona a escuchar una noticia de paz y salvación. Del mismo modo, nuestra misión no contradice el respeto hacia otras religiones, porque la Iglesia no rechaza nada de lo que en ellas hay de santo y verdadero (cf. *Nostra aetate*, 2). Gracias.

Pregunta de François

Santo Padre, gracias por venir a fortalecernos en la fe y en nuestro deseo de dar testimonio del Evangelio.

Me llamo François Bigot, crecí en el campo de Borgoña y actualmente estudio agronomía en la Universidad de La Salle. Me gusta dedicar mi tiempo a la belleza de la liturgia, estoy comprometido a servir a mi diócesis a través de la peregrinación en bicicleta de montaña a Nevers, a la peregrinación en bicicleta de montaña y a la preparación de una nueva peregrinación borgoñona. También soy líder scout y participo en la atención pastoral universitaria de mi escuela.

Al servicio de los más vulnerables, al servicio de la paz en nuestro país y en el mundo, al servicio de la Iglesia de Cristo, ¡los jóvenes queremos comprometernos! Sin embargo, a menudo es difícil entender cómo orientar la vida para entregarse sin reservas, con fidelidad, sin dispersarse ni desanimarse, ni, tanto que la tarea a veces parece inconmensurable. La ansiedad y la incertidumbre a menudo hacen frágil el entusiasmo de nuestra juventud. Beatísimo Padre, ¿cómo podemos discernir dónde el Señor nos espera para servir y ofrecer nuestras vidas?

¿Hay muchos scouts aquí? Ah, ¡muy bien, bienvenidos!

Primero que nada, les agradezco mucho su compromiso. Es una gran alegría para mí ver que son tan numerosos, animados por el deseo de ponerse al servicio de la paz, que nos hace crecer como hombres y mujeres, transformando los miedos en esperanza y las quejas en compromiso responsable. Hoy esta gran misión es más urgente que nunca, pues nos invita a navegar con discernimiento en medio de las transformaciones tecnológicas y digitales actuales, sin disminuir nuestra humanidad. En particular, cuando nos dedicamos a proteger a los más pequeños y débiles, reconocemos nuestra propia debilidad, en la que todos nos encontramos. Esta fragilidad propia de la vida humana no nos asusta, sino que nos une como criaturas que se descubren hermanos y hermanas en Cristo. Él es el primero que se entrega a nosotros; y el signo vivo de esta gracia es la Eucaristía, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, 11). De este sacramento, que sostiene nuestra fe, obtenemos la fuerza para entregarnos, a nuestra vez, a nuestro prójimo, imitando la gratuidad del Señor Jesús. La búsqueda de la justicia y la paz nos obliga a constatar los conflictos que nosotros mismos experimentamos y a purificar nuestros

corazones. Al comprometernos al servicio de Dios y de los demás, nuestras heridas encuentran consuelo y redención.

En toda la historia, no hay fracaso del que Dios no pueda levantarnos: su misericordia es nuestra alegría. Y, sin embargo, han mencionado la ansiedad y la incertidumbre como obstáculos para su entusiasmo. Son sentimientos muy difundidos, debido a la precariedad de los planes para el futuro, la naturaleza provisional de los vínculos afectivos y la fragilidad de las relaciones. A ellos se suman otros, que pesan sobre su generación, como el cansancio provocado por las pantallas y la ansiedad ante el cambio climático o la situación económica e internacional. Sí, necesitamos prestar atención a estos sentimientos. Invito a todos ustedes, queridos jóvenes, a mantener el corazón abierto ante los sufrimientos de sus compañeros.

Al mismo tiempo, la experiencia de la fragilidad, de cualquier fragilidad, se convierte, para un discípulo de Cristo, en una ocasión para ser su testigo. Quien sigue a Jesús en el camino del servicio humilde y gratuito se libera de la angustia y redescubre un nuevo entusiasmo, al experimentar la alegría y paz interiores; no como sentimientos fugaces o subjetivos, sino arraigadas en la certeza de la fe de la que damos testimonio juntos como Iglesia.

Sí, juntos formamos la Iglesia: frágil y santa, como vasijas de barro que guardan un tesoro (cf. 2 Co 4,7). Es nuevamente san Pablo quien nos recuerda que precisamente en la debilidad somos fuertes (cf. 2 Co 12,10). Especialmente en tiempos difíciles, Dios sostiene nuestra libertad y nos anima con su gracia. Quiso vivir como hombre, para que pudiéramos vivir con Él para siempre, como testigos gozosos de la esperanza.

Queridos amigos, esta amistad con Jesús es donde se realiza nuestro discernimiento, una reflexión que requiere invocar al Espíritu Santo. Se trata de un ejercicio constante para avanzar de manera ordenada y segura.

¿Cómo podemos discernir bien?

En primer lugar, recuerden que la Palabra del Señor es siempre una lámpara para nuestros pasos (cf. *Sal* 119,105). A la luz del Evangelio, la formación espiritual pasa a través de la oración y el

servicio; la adoración y la acción; el silencio —ese silencio tan raro y tan necesario, lejos del bullicio de los medios— y el anuncio.

Luego, miren el ejemplo de los santos: incluso en la persecución, estos hermanos y hermanas nuestros abrieron caminos de paz. Miren a aquellos sacerdotes apasionados por Cristo, como san Eugenio de Mazenod y san Juan María Vianney; contemplen la belleza mística de santa Teresa de Lisieux; a la beata Pauline Jaricot, ferviente en la caridad y la misión; el valor de los cincuenta mártires del apostolado, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, que sirvieron a sus hermanos y hermanas hasta el punto de sacrificar sus vidas. Los santos cambiaron el curso de la historia, haciendo que muchos pasaran del sufrimiento a la esperanza, porque primero cambiaron sus propios corazones, transformándolos a la luz de la fe.

Queridos jóvenes, mientras discernen su vocación, estén seguros de que el Señor no les habla de manera confusa, sino que se dirige a cada uno por su nombre y los invita a seguirlo porque los ama. Acogiendo su Evangelio con la mente clara y el corazón puro, entenderán cómo Jesús los llama a servir. Se trata siempre de un don de vida: pleno, fiel, rebosante de amor. Para vencer la angustia o la incertidumbre, tengan el valor de decir una sola palabra, simple y hermosa: gracias. Gracias, Jesús, por tu amor.

Por eso ahora, sin miedo, pero con confianza y llenos de alegría, ya podemos decir todos todos, todos juntos, siguiendo los pasos de los santos: «¡Heme aquí Señor!»

Todos juntos: «¡Heme aquí Señor!»

Y me dirijo a aquellos de entre ustedes —y hay muchos aquí esta noche— que creen escuchar la llamada a seguir a Jesús en el camino del sacerdocio o de la vida consagrada. Queridos amigos, ¡la Iglesia en Francia los necesita mucho! Ella reza por ustedes, los está esperando. Queridos amigos, ¡no tengan miedo de esta llamada! Tengan valor, confíen en Jesús que quiere hacerlos sus amigos más cercanos: Él no los decepcionará y siempre estará a su lado; su vida será maravillosamente hermosa y fructífera.

Para concluir, podemos retomar esta oración que nos dio san Juan Pablo II: «Maestro, tú que amas y respetas la persona humana, tú

que has compartido el sufrimiento de los hombres, tu que esclareces el misterio de la existencia humana, ¡haznos descubrir el verdadero sentido de nuestra vida y de nuestra vocación!» (*Homilía de la XII Jornada Mundial de la Juventud, París, 24 agosto 1997*).

Gracias.

Meditación con el Santo Padre

En la noche, la luz nos parece aún más deslumbrante. Así, queridos jóvenes, hemos escuchado juntos las palabras de san Pablo. Queremos mantenerlas en alto, como una antorcha que ilumine no sólo la oración de cada uno, sino toda la historia de la Iglesia. El apóstol observa su tiempo y acoge la inspiración divina, es decir, al Espíritu Santo, que siempre abre perspectivas luminosas de futuro. Sí, Dios es el Señor de la historia y, pase lo que pase, la conduce hacia la salvación: en Cristo todo mal tiene un término, precisamente porque el final se convierte en el comienzo de una vida nueva y eterna.

Queridos amigos, para iluminar nuestra época y transformar el presente a la luz del Espíritu, recordemos ante todo que nosotros también, al igual que Timoteo, somos hombres y mujeres *de Dios*. Esta expresión –*de Dios*– elegida por san Pablo, se refiere a una relación, no a una posesión. Quien vive de Dios *es libre*: libre de todo lo que obscurece la vida, haciéndola vacía y sin sentido. Jóvenes de Francia, ustedes llevan en su corazón un inmenso deseo de libertad, palabra que resuena con fuerza en su cultura. ¿Cuál es, entonces, la fuente de la verdadera libertad? Jesús nos la indica claramente cuando nos dice que la verdad nos hará libres (cf. *Jn* 8,32); y que la Verdad es Él mismo (cf. *Jn* 14,6). He aquí, pues, la fuente de la verdadera libertad: la relación viva con Jesús.

La compañía del Señor, de hecho, da *sabiduría* a nuestros proyectos y belleza a los deseos que llevamos en el corazón. Dios atraviesa nuestra alma como la luz, llamándonos a una renovación permanente, a una conversión que da pleno sentido a la existencia, porque nos convierte en protagonistas de una historia que pasa de la confusión a la búsqueda de la verdad; de la indiferencia al

compromiso por la justicia. San Pablo lo expresa con tres verbos que interpelan nuestra libertad: *huye, tiende, lucha*. El apóstol escribe a Timoteo: ante todo, «huye de estas cosas», es decir, el orgullo, la vanidad, la violencia y la avidez (cf. *1 Tm 6,4.10*). Son todos sentimientos que se apoderan de nosotros y nos dominan. El egoísmo que los caracteriza esconde una soledad aterradora. Para disfrutar de la cercanía de Dios y de la fraternidad humana, es necesario, por lo tanto, rechazar esa codicia que consume las relaciones sin dar nada a cambio y que nos llena de cosas sin alimentarnos. Ese estilo de vida nos empuja a tenerlo todo, pero a no ser nadie; a recibir una gran cantidad de «me gusta», pero quedándonos solos con nosotros mismos.

Cuando decidimos no seguir ese estilo, entonces empezamos a tender hacia «la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre» (v. 11). Sí, quien vive de Dios tiende hacia lo mejor: está en entrenamiento constante. Busca la virtud, es decir, la fuerza que lo hace bueno y verdadero. Queridos amigos, la dinámica que caracteriza la existencia cristiana tiene un nombre preciso: se llama *camino de santidad*. Es el camino que el Señor abre ante cada uno de nosotros, acompañándonos a lo largo del trayecto. ¡Y cuántos hijos e hijas de esta amada tierra de Francia se han dejado guiar por este camino! Pensemos, por ejemplo, en el beato Marcel Callo, un joven francés, scout y obrero que, en la oscuridad del campo de concentración, nunca dejó de tender hacia el bien, conservando su libertad interior.

A medida que avanzamos en este camino hacia la santidad, queda claro que no basta con evitar el mal: hay que elegir el bien. No se trata de un principio abstracto, ni de una afirmación obvia: elegir el bien es la acción propia de la libertad, y al llevarla a cabo, la libertad misma se realiza, se corrige y madura. Para tomar la decisión correcta, recuerden este criterio: el bien da vida, nunca la quita; el bien cuida, no toma para sí. El bien no es un concepto bonito, sino el rostro radiante del amor: ¡es Dios mismo! Las virtudes que san Pablo nos presenta como reflejos de su bondad son estas: la justicia hacia la humanidad; la piedad y la fe hacia Dios; la caridad con todos; la paciencia hacia quienes nos hacen sufrir; la mansedumbre que distingue a quienes buscan la paz con

un corazón puro. Los principios de igualdad y fraternidad que inspiran a su sociedad encuentran aquí su fundamento: más que simples prescripciones legales, son decisiones radicales y valientes de un corazón libre. Hacer nuestras estas cualidades, no es sólo un compromiso moral: es la decisión de convertirnos en hombres y mujeres auténticos, libres de concesiones. A este respecto, el apóstol nos entrega un tercer verbo: *luchar*. De hecho, *huir* del mal y *tender* al bien implica luchar. Sí, luchar como lo hizo san Pablo, representado a menudo con una espada en las manos, signo de la Palabra de Dios, «la espada del Espíritu» (Ef 6,17). Este verbo resuena con fuerza aquí en Francia, tierra de santa Juana de Arco, una joven que supo luchar con audacia. Pero cuidado: la lucha a la que estamos llamados es la de la fe, es decir, el compromiso de vivir según el Evangelio, como discípulos de Jesús, el Hijo de Dios que nos hace a todos hermanos y hermanas. Es en su nombre donde tenemos la fuerza de los justos para resistir la tentación. En su nombre tenemos la perseverancia de los mansos, para dedicarnos al bien. Nuestra lucha no es una batalla contra los demás; no recurre a las armas de la violencia, el desprecio o la opresión. Nuestra única arma es el amor que se entrega. Sabemos, lamentablemente, que existen fuerzas contrarias a nuestro vínculo con Dios, potencias que buscan dividir a las personas y a los pueblos, enfrentándolos entre sí. Estos males no sólo tienen un rostro violento, sino que a veces asumen también una apariencia insidiosa, porque prometen precisamente lo que nos quitan: la felicidad. Pero cuando nos sentimos envueltos en su oscuridad, la luz del Espíritu Santo nos ilumina y fortalece: esta noche, por lo tanto, elijamos juntos las virtudes que debemos cultivar para seguir al Señor.

No estamos solos en este camino hacia la santidad, porque lo recorreremos unidos a todos nuestros hermanos y hermanas que nos rodean. De hecho, lo experimentan esta noche y durante los grandes encuentros como las Jornadas Mundiales de la Juventud. Además, contamos con los santos como aliados: son amigos que nos sostienen en las pruebas. Queridos amigos, cuando las decisiones de la vida exijan valentía, recurran a su intercesión e imiten su ejemplo: como hemos cantado en las letanías, el aliento de los santos nos asegura que nunca estamos solos en la oración,

nunca estamos solos en la Iglesia. Especialmente en este tiempo, pidamos su ayuda para ser artífices de paz: ¡el eterno deseo de Dios y el constante compromiso de la humanidad! Esta noche he mencionado a algunos de ellos. Pidámosle también a santa Teresa del Niño Jesús que nos enseñe su «caminito» del amor cotidiano, fundamento sólido de toda paz duradera.

El Señor hace realidad esta paz mediante la Alianza que establece con todos nosotros por medio de Jesucristo. Por eso, al señalar el fundamento de nuestra experiencia de fe, san Pablo habla no sólo de lo que podemos hacer al responder a Dios, sino también de lo que Dios hace por nosotros. El apóstol lo resume en un episodio: Jesús ante Pilato, la verdad del amor frente a la hipocresía del poder. La «buena batalla» coincide, pues, con el «hermoso testimonio» (cf. *1 Tm* 6,12-13). Así lo demuestra el uso de un mismo adjetivo: *kalos*, que aquí quiere decir *bien hecho*. La obra bien hecha, la que es buena, es la redención que Jesús realiza por nosotros. En su lucha contra el pecado y la muerte, la victoria de Cristo nos libera a todos: nos salva de todo mal, nos invita a todo bien.

Bajo esta luz, contemplemos las dos reliquias que tenemos ante nuestros ojos: la túnica y la cruz. Una fue quitada a Cristo; la otra, le fue dada a Cristo. En este sentido, ambas son signos de su pasión: Jesús es despojado de su túnica para cubrirnos con la vestimenta blanca, lavada «en la sangre del Cordero» (*Ap* 7,14). Así es como la cruz, de instrumento de muerte, se convierte en signo de esperanza: juntos, por eso, la túnica y la cruz nos representan a nosotros, a nosotros la Iglesia que nace de la vida de Dios entregada al mundo. Queridos jóvenes, para crecer en santidad y mejorar nuestra sociedad, sean testigos luminosos de este Evangelio, es decir, de la buena noticia que es Cristo mismo, nuestro Salvador: «A él honor y poder eterno. Amén» (*1 Tm* 6,16).

[Volver al índice](#)

VISITA AL CENTRO DE ACOMPANAMIENTO E INTEGRACIÓN SOCIAL «MAISON BAKHITA»

Maison Bakhita (París)

Sábado, 26 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me alegra comenzar con ustedes este segundo día en París, en esta casa que es testimonio para toda la ciudad de que es posible encontrarnos y convivir con dignidad y paz. Agradezco a la Arquidiócesis de París, a las Hermanas Scalabrinianas, así como a todos los animadores y voluntarios que dan vida a este lugar y están al servicio de quienes aquí encuentran acogida, escucha, formación y amistad. Dirijo un «gracias» especial a quienes han compartido su testimonio.

El nombre de este Centro de Acompañamiento e Integración Social, que hace referencia a santa Josefina Bakhita, nos invita a reconocer el papel fundamental de las mujeres en la construcción de una civilización del amor, como alternativa a la cultura que desintegra a las comunidades y enferma de soledad a las ciudades. La historia de la Iglesia y de la humanidad, si la observamos más de cerca, no la escriben quienes dan la impresión de vencer al imponerse y ocupar el espacio, sino quienes «hacen espacio», establecen procesos de paz, generan confianza y fomentan la vida. No se trata de simples sentimientos, sino de decisiones y compromisos a contracorriente, cuya importancia pública y promesa de futuro comprendemos cada vez mejor. Santa Bakhita nos invita a ver a quienes son invisibilizados, a liberar a quienes la economía y la cultura reducen hoy a la esclavitud, a honrar la dignidad infinita de cada hermano y hermana, en quienes el mismo Jesús viene a llamar a nuestra puerta.

Queridos amigos, «la realidad es que los pobres para los cristianos no son una categoría sociológica, sino la misma carne de Cristo. En efecto, no es suficiente limitarse a enunciar en modo general la doctrina de la encarnación de Dios; para adentrarse en serio en

este misterio es necesario, en cambio, especificar que el Señor se hace carne, carne que tiene hambre, que tiene sed, que está enferma, encarcelada» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 110). El Cristo pobre y crucificado se deja encontrar y amar a través de estos hombres y mujeres que nos invitan a salir de nosotros mismos y a practicar la caridad.

Hermanos y hermanas, la intuición más importante que inspira su compromiso tiene que ver con el intercambio de dones que se renueva en cada encuentro. Nadie es tan pobre que no tenga nada que dar; nadie es tan rico que no tenga nada que recibir. Sólo hay vida en abundancia allí donde los límites de cada uno se abren a la presencia misteriosa de los otros, en quienes son el Otro por excelencia, el Dios de la vida, el que se acerca a nosotros. Esto no niega el sufrimiento que el pecado ha introducido en la historia, pero nos ayuda a no permanecer prisioneros de este. Anunciamos que la redención es posible, que ya ha comenzado, que está en curso y que nos involucra a nosotros, como miembros vivos del Cuerpo de Cristo.

Y no olvidemos que «el ojo no puede decir a la mano: “No te necesito”; y la cabeza no puede decir a los pies: “No los necesito”. Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios» (1 Co 12,21-22). Estas palabras de san Pablo están dirigidas a los cristianos de Corinto, una de las metrópolis más ricas y dinámicas de su época. Allí, el Evangelio había sido acogido por personas de diversos orígenes y entornos sociales, entre las cuales había muchos pobres y esclavos (cf. 1 Co 1,26-29), como algunos de ustedes hoy. «Dios —sigue escribiendo el apóstol— organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros» (1Co 12,24-25).

Les agradezco, por tanto, su labor, así como a todas las personas que, en toda Francia, se dedican a este servicio en instituciones similares. Sigán dando testimonio de esta atención mutua que, a través de la acogida fraterna, los procesos de formación y el diálogo con la ciudad, eleva el espíritu y humaniza el mundo. Que santa Bakhita y los grandes testigos de la caridad que han moldeado la presencia de la Iglesia en Francia, especialmente en

épocas de cambios turbulentos, intercedan por ustedes. Gracias, que el Señor los bendiga.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LOS MIEMBROS DE LA ASAMBLEA SINODAL PROVINCIAL, LOS CATECÚMENOS Y LOS NEÓFITOS

Instituto Católico de París

Sábado, 26 de septiembre de 2026

Excelencia,

queridos sacerdotes y consagrados,

estimados miembros de la Asamblea sinodal,

queridos catecúmenos y neófitos,

hermanos y hermanas todos:

Me alegra encontrarme con ustedes y poder detenerme, dentro del marco de este Viaje Apostólico, en el camino que están recorriendo como Asamblea Eclesial Provincial.

Agradezco a Su Excelencia Mons. Laurent Ulrich, arzobispo de París, que haya recordado la importancia histórica y espiritual del lugar en el que nos encontramos, evocando también al hermano Lorenzo de la Resurrección, que marcó profundamente mi camino de fe con su mística de la vida cotidiana. Sobre todo, expreso mi gratitud por el *Instrumentum Laboris* que me han entregado, fruto de un camino eclesial en el que ha participado el Pueblo de Dios, con espíritu de escucha recíproca y de sinodalidad.

El *Institut Catholique de Paris* nos acoge hoy; una institución situada en la confluencia entre la ciencia y la fe que, desde hace siglos, contribuye a formar las mentes y los corazones al servicio del Evangelio. Saludo a los profesores, a los estudiantes y al personal de esta universidad, así como a todos los miembros de la Asamblea sinodal de la Provincia eclesiástica de París, comprometidos en reflexionar sobre las perspectivas pastorales para acoger a los neófitos y a los catecúmenos, así como sobre la vida de la Iglesia.

Al observar de cerca el trabajo que están realizando, pero principalmente al escuchar los conmovedores testimonios de

Josué, Marielle y Sophie, siento ante todo una profunda gratitud por la obra imprevisible de Dios. Como ustedes y junto con ustedes, estoy maravillado por el número de personas que hoy se acercan al umbral de la fe y los numerosos adultos que piden recibir los sacramentos de la iniciación cristiana.

Puede parecer paradójico que este fenómeno de tantas personas que redescubren el Evangelio y abrazan la fe se produzca en el contexto de una sociedad como la francesa, marcada por una cultura fuertemente secularizada. Su experiencia y su testimonio, queridos catecúmenos y neófitos, son un signo tangible de la obra de la gracia de Dios, que supera los análisis estadísticos y sociológicos. Este fenómeno, que contradice toda actitud derrotista y aquello que el Papa Francisco llamaba el «pesimismo estéril» (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 84-86), debe ser acogido con espíritu de responsabilidad.

Estamos llamados, en efecto, a volvernos hacia nuestros hermanos y hermanas, redescubriendo el estilo propio de Dios, hecho de cercanía, compasión y ternura. Con ternura pastoral y caridad fraterna, debemos reconocer, acoger y custodiar la pequeña llama que el Espíritu Santo ha encendido en la oscuridad de la noche, la pequeña semilla que aspira a crecer, incluso en medio de espinas y zarzas.

El asombro ante lo que está sucediendo a tantos de nuestros hermanos y hermanas no debe encerrarnos en una satisfacción ingenua; debe impulsarnos a comprometernos, a buscar, a interrogarnos y a emprender acciones pastorales concretas. Este es el espíritu que anima su Asamblea sinodal y, más ampliamente, el camino de la Iglesia en Francia: maravillados ante la obra imprevisible de Dios, ¿qué debemos hacer y hacia dónde nos impulsa el Espíritu Santo para acompañar a los catecúmenos, a los neófitos y a quienes retoman el camino de la fe?

En primer lugar, quisiera recordar una expresión utilizada por el episcopado francés hace ya muchos años, cuando exhortaba a imaginar y encarnar una Iglesia «en estado de iniciación», capaz de cuidar de los catecúmenos, de los neófitos y de quienes recomienzan su camino, ofreciéndoles un acompañamiento sólido a lo largo del tiempo. La iniciación cristiana en su conjunto estuvo,

en efecto, en el centro de la solicitud de los pastores desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las peticiones eran ya numerosas, y la efervescencia teológica y litúrgica de aquellos años contribuyó en gran medida a la renovación de los itinerarios catecumenales que se produjo después durante el Concilio Vaticano II. Aunque el contexto actual es diferente, pueden remitirse a esta tradición pastoral, bien arraigada, relativa a la iniciación de los catecúmenos. Tampoco olvidemos que esta práctica, ya existente, recibió un nuevo impulso a partir de 1996, año en que fueron publicados la *Carta a los católicos de Francia* y, paralelamente, la última edición francesa del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*.

Queridos hermanos y hermanas: estar «en estado de iniciación» significa acoger a quienes comienzan a buscar a Dios descubriendo en ello una oportunidad y una misión. La oportunidad consiste en que, gracias a ellos, la comunidad de los creyentes renueva también su propio camino de fe y descubre de nuevo la alegría del Evangelio. La misión consiste en cuidarlos y servirles de guía, incluso después de que hayan recibido los sacramentos. Conviene acoger con alegría a quienes se acercan, partir de su experiencia espiritual, respetar su historia y favorecer un anuncio esencial del kerigma, especialmente mediante fórmulas conocidas dentro del itinerario personal o comunitario. No olvidemos, sin embargo, que en muchas de estas personas surge después la pregunta que hemos escuchado en el testimonio de Marielle: ¿cómo evitar el «vacío» posterior al bautismo?

Es esencial, entonces, acompañar e integrar plenamente a estas personas en nuestras comunidades y en nuestras asambleas de oración después de su bautismo, ofreciéndoles un ambiente familiar y una formación lo más integral posible, capaz de abarcar los distintos aspectos de la vida cristiana y de favorecer la unidad entre su fe y su vida. Los neófitos, en efecto, suelen tener sed y necesidad de profundizar en los fundamentos de la fe y de la oración cristiana, de recibir una adecuada formación bíblica y teológica, de descubrir cada vez más la riqueza de la doctrina y las distintas dimensiones de la conducta moral cristiana ligada a la profesión de fe.

Necesitan igualmente ser iniciados e introducidos en la vida litúrgica de la Iglesia. En los testimonios hemos escuchado cómo, para algunos, la celebración de los ritos litúrgicos fue una puerta de entrada al misterio de la fe. Una vez atravesada esa puerta, es preciso avanzar y descubrir la riqueza de la liturgia que sostiene toda la vida de fe. Se trata de un ámbito de la vida de la Iglesia que requiere una atención pastoral arraigada en las enseñanzas del Concilio Vaticano II. La liturgia, en efecto, no puede considerarse una realidad «posterior» a la catequesis, como si en ella se pusiera simplemente en práctica lo aprendido durante el itinerario. La liturgia manifiesta y actualiza el misterio de la Pascua de Cristo y, por ello, es el acontecimiento capaz de revelar el sentido de la Buena Nueva y de comunicar la vida misma de Dios. Con sus ritmos, sus lenguajes y sus ritos, forma parte integrante del propio camino de conversión y de preparación a los sacramentos.

Para llevar adelante esta misión, el papel de los formadores es esencial. Como nos enseña la antigua tradición de la Iglesia, es necesario preparar padrinos y madrinas de la comunidad, especialmente formados para acompañar la iniciación de los neófitos. Dentro de esta formación, recomiendo un conocimiento profundo del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*. Al mismo tiempo, es necesario que los agentes pastorales reciban formación —no sólo en el ámbito bíblico, teológico, litúrgico y de la vida espiritual, sino también en el de las cualidades humanas—, de modo que sepan discernir y orientar a quienes recorren itinerarios vitales más complejos y menos lineales. Lo hemos escuchado hace un momento: algunos llegan movidos simplemente por una sed espiritual, por la búsqueda de sentido y por una atracción hacia el Evangelio; otros están marcados por experiencias dolorosas, situaciones de soledad y heridas profundas. Es ahí donde el estilo de la cercanía, la compasión y la ternura adquiere todo su sentido: es preciso encontrar un sabio equilibrio para acogerlos, escucharlos y, al mismo tiempo, animarlos a afrontar las exigencias de la fe. Es un camino en el que conviene respetar el ritmo del otro, avanzando gradualmente, con atención y en un acompañamiento fraterno. Se trata de asumir el estilo de «caminar juntos». En los senderos de la fe cristiana nos

enriquecemos mutuamente y crecemos juntos: sacerdotes y laicos, padrinos y catecúmenos, agentes pastorales y neófitos.

Y, aun así, esto no sería suficiente. Los nuevos bautizados no están llamados únicamente a recibir: su fe es un tesoro que se ofrece a la Iglesia en Francia y a la Iglesia universal.

Me viene a la mente lo que sucedió con uno de los catecúmenos más célebres de la historia, san Agustín. Fue iniciado en la fe por san Ambrosio, y su fe era apenas una pequeña semilla cuando recibió el bautismo. Pero aquella semilla creció y se multiplicó, hasta convertirse en un árbol tan grande que, bajo su follaje, todavía hoy podemos encontrar consuelo.

Al mirarlos, queridos catecúmenos y neófitos, veo el fruto del Espíritu que los ha puesto en camino y, al mismo tiempo, una promesa de fecundidad para la Iglesia en Francia. ¡Sean ustedes también misioneros del Evangelio en esta sociedad!

Que los grandes testigos de esta tierra tan querida los sostengan en su camino. Pienso en santa Teresa del Niño Jesús, que con su «caminito» nos enseña cómo la confianza abre las puertas de la gracia; recuerdo a san Martín de Tours, figura emblemática del compartir y de la caridad fraterna. Junto con tantos otros santos y santas nacidos en esta tierra de Francia, nos recuerdan que la misión se construye hoy custodiando ante todo la presencia del Señor en la vida cotidiana.

Acogiéndose unos a otros, formen todos juntos el pueblo vivo de la Iglesia en Francia, capaz de transmitir la fe. Invocando la protección maternal de la Virgen María, Patrona principal de Francia, y la intercesión de santa Genoveva y de san Dionisio, protectores de esta ciudad, les imparto de corazón mi bendición.

Gracias y ¡buen camino!

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

«Place de la Concorde» (París)

Sábado, 26 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios por el don que me ha concedido de estar aquí, en esta Plaza de la Concordia, para celebrar la Eucaristía. Sí, ¡qué bueno y dulce es para los hermanos y hermanas convivir unidos (cf. *Sal* 132,1), para proclamar la grandeza de Dios! Que mi presencia entre ustedes confirme su fe y los anime a irradiar y transmitir sin cesar la vida, la paz y el amor de nuestro amado Señor Jesucristo.

«El que tenga sed, que venga a mí y beba» (*Jn* 7,37). Hermanos y hermanas, nuestra comunidad sedienta se abre paso hacia Cristo, fuente de agua viva; esa agua que sacia la sed y hace florecer la vida, esa agua del amor de Dios que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm* 5,5).

El deseo de Dios habita en lo más profundo de nuestro corazón, y clamamos con el salmista: «mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (*Sal* 41,3). Es el clamor de un hombre, humilde y apasionado, cuya sed más íntima y existencial no deja de crecer. Ahora bien, es Jesucristo, por su encarnación, quien sale al encuentro de cada persona en su historia y se le revela como la verdadera fuente de agua viva capaz de saciar su sed. No se trata tanto de una sed material, sino de una sed de sentido, de verdad y de plenitud que habita en el corazón de cada uno. Jesús responde a ese profundo deseo de relación, de comunión con Dios, en quien reside la plenitud de la vida para siempre.

En la primera lectura, el profeta Ezequiel veía cómo el agua brotaba del Templo y, al extenderse por el desierto, purificaba y fertilizaba todo (cf. *Ez* 47,1-2.8-9.12). Más tarde, san Juan verá brotar agua del costado traspasado de Jesús, al entregar el espíritu (cf. *Jn* 19,30-34). Todos pueden beber entonces de esta fuente

para renacer y recibir el don del Espíritu, a fin de convertirse en hijos de Dios, en nuevas criaturas.

Hermanos y hermanas, hemos de reconocer que aquí en la tierra nada logra satisfacernos plenamente. Cuando creemos que por fin hemos terminado nuestro trabajo y que nuestros esfuerzos han sido recompensados, muy a menudo resurge el vacío interior, aún más profundo. Entonces, para llenarlo, es posible que busquemos nuevos placeres, que queramos poseer cosas nuevas, que hagamos todo lo posible por «divertirnos» para no sentir ese malestar interior.

La Liturgia de la Palabra de hoy nos invita a examinar nuestro corazón: ¿cuál es nuestra sed más profunda? ¿Qué buscamos realmente en la vida? Todos anhelamos la felicidad, el amor y la plenitud. Pero, ¿en qué fuente buscamos saciar nuestra sed? ¿Nos conformamos con los bienes materiales, con las satisfacciones inmediatas, con esos pequeños ídolos tan numerosos que prometen la luna y las estrellas, pero dejan vacío nuestro corazón? Por el bautismo, hemos recibido el agua viva de la que habla el Evangelio, pero ¿realmente hemos encontrado a Cristo personalmente? El ser humano es, en esencia, un ser de deseo y sólo Dios puede llenar ese vacío interior. Sí, hermanos y hermanas: Jesucristo, el Buen Pastor, nos conduce, como el pastor guía a sus ovejas, hacia la fuente de la felicidad y la paz. Él conoce a cada uno y cada una de nosotros por nuestro nombre. Ninguno de nuestros secretos, de nuestras intenciones, de nuestras debilidades se le escapa. Él escruta las profundidades de nuestro corazón. Él dio su vida por nosotros y sigue entregándola a través de los sacramentos. Lleva sobre sus hombros a las ovejas cansadas o heridas, y trae de regreso con delicadeza a las que se han descarriado. Jesús revela el amor incondicional de Dios por nosotros. Para Él, ninguno de nosotros es un número en una identificación, ni un número de serie, sino una persona, una persona única e insustituible.

Al verlos aquí reunidos, hermanos míos, herederos de una larga y hermosa historia de santidad en Francia, les digo: sacien también ustedes su sed en esta fuente, que es el Corazón de Jesús traspasado. Sí, tienen sed de Dios, de vida, de verdad, de unidad,

de paz, de comunión, de felicidad. Aspiren a redescubrir un horizonte luminoso, a construir una nación renovada a partir de sus raíces, regadas por la fe. No guarden esta fe en Jesucristo sólo para ustedes, más bien dejen que se desborde para saciar y colmar a las personas con las que se encuentran. Les corresponde a ustedes llevar la esperanza allí donde reinan el desánimo y la sequía espiritual.

De hecho, al aceptar vivir en la verdad bajo la mirada de Jesús podemos ser auténticos, podemos ver nuestras vidas con lucidez. Ciertamente nuestras vidas son frágiles, vulnerables, destinadas a atravesar la muerte, pero también son maravillosas, milagrosas, capaces de renovarse en sus relaciones y de abrirse al amor verdadero.

«Beba el que cree en mí; [...] “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”» (*Jn* 7,37.38). Al saciarnos de la fuente que es el Corazón de Cristo, nos convertimos nosotros mismos, como escribió Orígenes, en pozos, manantiales y ríos para los demás (cf. *Homilía* 12, 1, 2-3). En efecto, el creyente que bebe de ella se convierte también en fuente de vida gracias a su vínculo existencial con Cristo y transmite esa misma vida a su prójimo.

Queridos hermanos y hermanas, el agua viva del Espíritu Santo se ha derramado en abundancia y sigue dando fruto en la Iglesia a través de los misioneros y los testigos presentes en todas las culturas y entre todos los pueblos. Esta agua fecunda cuanto se deja tocar y transformar por ella para producir su fruto, es decir, la santidad de quienes adoran al Dios verdadero y sirven a sus hermanos y hermanas con caridad y generosidad. En este hermoso país que es Francia, muchos se han saciado de esta agua viva a lo largo de los siglos y han consagrado totalmente su vida al bien: los primeros mártires como Blandina, Potino e Ireneo; los santos fundadores y fundadoras de órdenes religiosas, los santos obispos como Martín de Tours y Francisco de Sales; los hombres y mujeres con un corazón sensible a las necesidades de sus semejantes, como Vicente de Paúl, Federico Ozanam, Juana Jugan y muchos otros. Aún hoy, son muy numerosos en nuestra sociedad, en nuestras parroquias y en nuestras diversas actividades quienes continúan

comprometiéndose a favor de la vida, la familia, la verdad, la paz, la fraternidad y la justicia.

Desde esta hermosa ciudad de París, rezo con fervor para que el agua viva del Espíritu Santo se derrame sobre toda Francia. Pienso en ustedes, queridas familias, quienes, a pesar de las múltiples dificultades que enfrentan a diario, perseveran valientemente en su misión. Les agradezco de corazón por todo el bien que se realiza a través de ustedes; que nunca se agote en sus vidas la presencia concreta de Jesús. Pienso en ustedes, queridos jóvenes: son la Iglesia de hoy. ¡Qué hermoso es ver su entusiasmo, su dinamismo, su compromiso y la alegría que llevan a las comunidades cristianas! Pienso también en ustedes, queridos catecúmenos y neófitos, que emprenden el camino de la fe, de la conversión y de la iniciación cristiana. Que puedan dar testimonio, a quienes los rodean, del camino que están recorriendo y motivarlos a que, a su vez, se planteen preguntas. Que el don del Espíritu Santo los convierta en testigos vivos, dispuestos a difundir a su alrededor la civilización del amor.

Hermanos y hermanas: dirijamos nuestra mirada hacia la Madre de Dios, Fuente de Salvación, aquella que guía nuestras vidas hacia su Hijo, autor de toda gracia. Con su «sí» libre y confiado, ella se convirtió en el humilde receptáculo querido por Dios, en el que el amor del Padre se encarnó para entregarse al mundo.

Invoquémosla con confianza para que, por su intercesión, surjan manantiales de agua viva en el seno del Pueblo de Dios y hagan florecer por toda Francia los brotes de la fe, la esperanza y la caridad. Amén.

[Volver al índice](#)

ORACIÓN EN LA GRUTA DE LAS APARICIONES DE MASSABIELLE

Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Sábado, 26 de septiembre de 2026

Nuestra Señora de Lourdes, Inmaculada Concepción, en este lugar bendito donde hablaste con tanta dulzura y ternura a santa Bernardita, humilde hija del pueblo de Francia, para transmitir al mundo un luminoso mensaje de oración, conversión y esperanza, acudimos a ti llenos de confianza. Porque Tú eres la Madre que Jesús nos ha dado y permaneces atenta a todas nuestras necesidades.

Te rogamos, Señora nuestra, por Francia, de la que eres Patrona y a la que durante tantos siglos has rodeado con tu protección. Obtén para su pueblo el don de la concordia fraterna. Que construya una sociedad armoniosa, libre de toda violencia y de todo odio, en la que cada persona pueda trabajar, formar una familia y vivir su vida hasta el final con tranquilidad y serenidad. Que los más desfavorecidos y los pobres encuentren siempre apoyo. Obtén para Francia gobernantes sabios y generosos, dispuestos al sacrificio de sí mismos, capaces de afrontar los desafíos y decididos a servir al bien común. Que conserven al país en paz en el concierto de las naciones. Que hagan oír su voz en defensa de los derechos humanos fundamentales y de la paz en el mundo, rechazando para siempre las lógicas de la guerra.

Santa Virgen María, te presentamos al Pueblo de Dios que peregrina en este país, tan marcado por tu cercanía. Renueva la fe y el fervor de las familias cristianas, tan queridas por tu corazón, para que vivan cada día de la presencia de Jesús, de su gracia y de su auxilio en las dificultades que atraviesan. Que estén generosamente abiertas a la vida y que Dios suscite en ellas vocaciones, especialmente sacerdotales y religiosas. Concede a tu Iglesia en Francia mostrar, particularmente a los más jóvenes, el camino luminoso del Evangelio, para que puedan edificar la sociedad justa y fraterna que anhelan.

Por último, Madre amantísima, te presentamos nuestras intenciones personales más urgentes, en particular las de las personas enfermas y las que sufren, así como las de todos los que las acompañan: han venido juntos hasta aquí para alcanzar fortaleza y curación de la fuente de Massabielle. Te confiamos a nuestros seres queridos y a nuestros difuntos. Aparta, te lo suplicamos, todos los obstáculos que todavía nos separan de tu Hijo amado y haz que Él reine en todos los corazones.

Amén.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE FRANCIA

Hemiciclo de Santa Bernadette del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Eminencia,

Excelencias,

Estoy contento de encontrarme con ustedes, queridos hermanos en el episcopado, en este lugar bendecido por el cielo, cerca de la gruta donde la Virgen María se apareció a santa Bernardita y donde ustedes se reúnen habitualmente para sus Asambleas plenarias. Con esta elección manifiestan claramente su voluntad de poner a la Iglesia en Francia bajo la protección de la Madre de Dios, la Virgen Inmaculada, para guiarla con mayor seguridad según la voluntad del Señor. De hecho, no hay mejor manera de llegar a Jesús que a través de María. Todo en Ella nos lleva hacia su Hijo.

De este modo, perpetúan el legado que han recibido de sus padres en la fe, desde los albores de la evangelización de este país. El culto a la Madre de Dios se arraigó aquí tan profundamente que Francia fue llamada muy pronto el «Reino de María» (Pío XI, Carta ap. *Galliam, Ecclesiae filiam primogenitam*, 2 marzo 1922). Este vínculo privilegiado entre su nación y la Santísima Virgen se manifestó de manera singular cuando Francia fue solemnemente consagrada el 10 de febrero de 1638, como pude ver anteayer en una hermosa representación en la catedral de *Notre-Dame* de París. Y mi predecesor Pío XI, en referencia a dicho voto, declaró a Nuestra Señora de la Asunción Patrona de Francia (cf. *ibíd.*).

Este largo caminar con María, lleno de confianza y ternura, marcado por tantas devociones y lugares que llevan su nombre, por tantas súplicas escuchadas —a menudo entre lágrimas—, por tantos santuarios y peregrinaciones, por tantas catedrales, continúa avanzando hoy, contra viento y marea, y da testimonio de la fe viva del Pueblo de Dios que se les ha confiado. Ante los

inmensos retos de nuestra época, los exhorto, queridos hermanos, a dar muestras de valentía, audacia y creatividad misionera. No se dejen desanimar por los errores, las incoherencias o incluso por las caídas que han jalonado la historia de este pueblo en camino. Tengan siempre el valor de reconocer los errores en amor a la verdad y la determinación de curar las heridas con la caridad del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas y las llama a cada una por su nombre. ¡Levántense, pues, con esperanza, y no se cansen de anunciar el Evangelio!

La historia de la Iglesia en Francia es rica, inmensamente rica. Es hermosa y fecunda; y es importante recurrir a ella para construir el futuro de sus comunidades, así como el de su país. La Iglesia ha sido testigo, e incluso ha contribuido a la progresiva edificación de esta nación; hoy en día sigue, en gran medida, formando parte de su cultura, de su identidad y de su vocación en favor del mundo. Por eso, la palabra de la Iglesia tiene su lugar en el debate público en Francia; posee, por naturaleza, una autoridad profética. Aunque no siempre sea escuchada, es esperada. Aunque no sea seguida, sobre todo en las cuestiones esenciales que afectan los fundamentos de la civilización, es necesaria; ¡no lo duden! Conozco la determinación y el valor que ustedes tienen —lo han demostrado claramente en los recientes debates sobre el final de la vida— y los invito a perseverar, junto con todas las personas de buena voluntad que defienden los mismos valores.

Actualmente, ustedes viven bajo un régimen de laicidad muy particular, fruto de una historia agitada, hoy apaciguada, pero que debe permitir a la Iglesia cumplir su misión. El hecho de que el equilibrio, alcanzado con tanto esfuerzo, se vea poco a poco cuestionado, como sucede en otras partes del mundo occidental, no debe llevarlos a la resignación. Los invito a mantenerse vigilantes para defender la libertad y los derechos de la Iglesia a evangelizar, a educar en la verdadera libertad y a practicar públicamente el culto, para que, de manera visible, se pueda ejercer la caridad en nombre de Jesucristo.

El Papa Francisco, en el mensaje con motivo de la reapertura de la catedral de *Notre-Dame* de París, escribía: «Invito a todos los bautizados que entrarán con alegría en esta catedral a sentir un

legítimo orgullo y a reivindicar su patrimonio de fe. [...] Esta morada, que habita nuestro Padre celestial, es de ustedes; ustedes son sus piedras vivas. Quienes los precedieron en la fe la construyeron para ustedes» (*Mensaje con motivo de la reapertura de Notre-Dame de París*, 21 noviembre 2024). Animar a los bautizados a «recuperar su herencia de fe» hoy forma parte de su misión como pastores, con vistas a una renovación de la Iglesia en Francia.

Lo que el Señor les ha concedido a ustedes, católicos de Francia, *Hija primogénita de la Iglesia*, es, en efecto, motivo de acción de gracias: una sucesión ininterrumpida de santidad que llega hasta nuestros días; el florecimiento de las artes, las letras y las ciencias bajo el impulso de la fe y la acción del Espíritu Santo; una maduración irreversible de la conciencia del valor inalienable de la persona humana, de su dignidad y de la necesidad de proteger sus derechos y libertades; sin olvidar ese formidable impulso misionero que ha dado fruto hasta los confines del mundo. Sí, Jesús les ha dado mucho y, en su amor, quiere darles aún más.

Por eso, escrutando el futuro, el Papa Francisco añadía a sus palabras ya citadas: «Que el renacimiento de esta admirable Iglesia constituya, pues, un signo profético de la renovación de la Iglesia en Francia» (*ibíd.*). Yo también creo que ha llegado el momento en el que muchos de nuestros contemporáneos esperan escuchar el mensaje lleno de esperanza del Evangelio y ver brillar en sus ojos la luz de Cristo resucitado. El mensaje de paz que tiene su origen en Jesús es aún más esperado si se tiene en cuenta que, tanto en Francia como en el resto de Occidente, se observa una polarización inquietante, un retroceso en la fraternidad, la cordialidad y la calidad de vida dentro de la sociedad, así como un recrudecimiento de la violencia, las desigualdades y la pobreza. Ante tales desafíos, la desilusión y la desorientación suceden a las promesas engañosas de un mundo en el que Dios estaría ausente, relegado a la vida privada, donde el auxilio de su gracia se consideraría inútil para la construcción de la ciudad terrena. Por eso, claramente les advirtió Jesús a sus discípulos: «Separados de mí no pueden hacer nada» (*Jn 15,5*).

La juventud, en particular, alberga grandes aspiraciones. Preocupada por el mundo que han recibido, afligida por el futuro, está dispuesta a trabajar con valentía y generosidad por todo lo que es bello, verdadero y bueno. Muéstrenle el camino del Evangelio, la única dirección segura —aunque sea exigente—, que ya ha dado tantos frutos en esta tierra de Francia. Ayer, en París, mencionamos el signo alentador del catecumenado, que incumbe mayoritariamente a los jóvenes adultos. Es una gracia y una alegría para todo el Pueblo de Dios. Es importante que se preocupen por acompañar esta gracia, en especial a través de la acogida en comunidades vivas que practiquen la caridad y vivan la solidaridad; y mediante una sólida enseñanza doctrinal arraigada en la Palabra de Dios que les permita hacer frente a las objeciones y las dudas.

Para llevar a cabo esta renovación de la esperanza, en el marco de un nuevo impulso misionero en Francia, que tanto deseo, sólo hay una «hoja de ruta», que es siempre la misma: dar a conocer y hacer amar a Jesucristo, de forma auténtica, con pasión, una y otra vez. En el contexto actual, ustedes se enfrentan a algunos retos importantes. El de la educación, que reviste una importancia primordial. Es muy loable que sus Asambleas profundicen este tema. La educación es una misión especialmente amplia que abarca múltiples ámbitos de la vida. Me gustaría mencionar simplemente el de la enseñanza católica, cuyo «carácter propio» se ve cuestionado en estos tiempos. Es motivo de alegría que los centros de enseñanza católica estén ampliamente abiertos a quienes no comparten nuestra fe. Esa acogida generosa y respetuosa de la libertad de conciencia de cada uno promete una gran fecundidad para todos, para la sociedad y para la propia Iglesia. Sin embargo, la enseñanza católica no puede, en modo alguno, renunciar a su proyecto educativo, un proyecto centrado en Cristo que tiene como objetivo el desarrollo integral de la persona humana en todas sus dimensiones: espiritual, cultural, intelectual, moral y social. Por lo tanto, a nadie debe sorprenderle que en cualquier centro católico se ofrezcan oportunidades para encontrarse con Jesucristo y escuchar su Palabra. Y mucho menos, ningún alumno debería verse marginado en su clase, por el hecho de creer en Jesús.

En los últimos años, ustedes han afrontado con determinación la dolorosa lacra de los abusos a menores cometidos por miembros del clero o en el contexto eclesial. Han adoptado medidas valientes para hacerle frente, a través de la escucha, la búsqueda de la verdad, la justicia, el perdón, la reparación y un compromiso firme a favor de una cultura de la prevención y protección frente a estos delitos. Les agradezco lo que han hecho, y sé que algunos momentos han sido muy difíciles para su Conferencia. Es necesario continuar por el camino emprendido, manteniendo la máxima vigilancia. Al mismo tiempo, su clero necesita apoyo y ánimo; sé que es objeto de solicitud paternal de ustedes. Para que surjan vocaciones sacerdotales, el sacerdote debe ser esperado, acogido y amado, y su identidad —configurada en Cristo— debe ser clara y bien comprendida en el seno del Pueblo de Dios, para la alegría del Evangelio y el servicio de su misión.

Me parece importante mencionar también el lamentable descenso de las vocaciones a la vida consagrada, en particular a la vida contemplativa. He recibido con dolor la noticia del cierre, reciente o inminente, de antiguas y prestigiosas comunidades monásticas que han tenido una gran influencia a lo largo de la historia. Entregar la propia vida al seguimiento de Jesús por un camino tan estrecho supone, además de la obra de la gracia, una generosidad especial, un sólido arraigo en la fe, una vida interior sostenida y una cercanía privilegiada con Él. Estas condiciones se dan con mayor frecuencia en las familias cristianas, que merecen la mayor atención y el más grande apoyo. Sin duda, la profundización y consolidación de la vida de fe en el seno de las familias es una clave que permitirá resolver muchas de las crisis que atraviesan la Iglesia y nuestras sociedades. En efecto, es en el seno de las familias donde se aprende a convivir, a respetar al otro, a aceptar la diversidad, a apoyarse mutuamente, a ser generosos, a entregarse desinteresadamente y a tener espíritu de sacrificio. Quizá este sea el principal reto al que debemos enfrentarnos: ¡Que Jesús viva plenamente en las familias católicas de Francia y las ilumine con su presencia!

A estos retos se agrega otro que puede provocar cierta inquietud de cara al futuro: el de la unidad. En este sentido, permítanme

recordar cuánto sea esencial que los discípulos de Jesús se unan en la caridad, tal y como Él se lo pidió a su Padre: «Que todos sean uno [...], para que el mundo crea que tú me enviaste» (*Jn 17,21*). La Iglesia en Francia es un pequeño rebaño que debe unir sus fuerzas para la misión. Las divisiones ideológicas harían vano su testimonio. Siempre ha habido tensiones en la historia de la Iglesia, pero cuando se manifiestan, es entonces cuando podemos apreciar aún mejor el don de la unidad. Esta unidad no es una simple uniformidad, sino que permite que toda sensibilidad auténticamente católica converja de forma natural en una profesión de fe común, mediante la obediencia a los pastores legítimos y, en particular, al Sucesor de Pedro, «principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión» (*LG*, 18). Se trata de una unidad dinámica que se nutre de la Tradición de la Iglesia —desde los Padres hasta el Concilio Vaticano II— y del Magisterio posconciliar. Además, se enriquece en el diálogo recíproco, partiendo de la fe, según un estilo sinodal que intentamos profundizar en los últimos tiempos.

Queridos hermanos, la Iglesia en Francia ocupa un lugar muy especial en el corazón del Papa. ¡Cómo me gustaría poder transmitirles los sentimientos de entusiasmo y esperanza que me invaden cuando pienso en ustedes! La Iglesia en Francia, rica en comunidades vivas, fraternas y abiertas al mundo; rica en una juventud apasionada y comprometida con múltiples iniciativas; rica también en un legado que la sustenta, pero que al mismo tiempo la compromete. Estoy seguro de que el Pueblo de Dios que peregrina en Francia proseguirá con fervor su misión de anunciar y hacer amar a Jesucristo, *para que el mundo tenga vida*.

Al encomendar a la protección maternal de Nuestra Señora de Lourdes su Asamblea, sus comunidades diocesanas y su país, les imparto con alegría la Bendición Apostólica. Gracias.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

Prairie del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Hermanos y hermanas, peregrinos venidos de Francia y de todo el mundo, al verlos esta mañana reunidos en la casa de nuestra Madre, contemplo el rostro universal de la Iglesia. Algunos de ustedes han atravesado continentes, superado fatigas y traído sus alegrías y sus cargas hasta esta Gruta sagrada. ¡Qué alegría estar juntos, con un solo corazón, como una sola familia!

Quiero saludar de manera especial a los peregrinos procedentes de todas las provincias y diócesis de Francia. Hoy pisan el suelo de esta tierra bendita que ha recibido tantas gracias. Que esta peregrinación reavive la llama de la fe en sus hogares y en sus parroquias. Lleven el consuelo de Lourdes a sus vecinos, a sus seres queridos y a todo el pueblo francés.

Los textos que nos propone la liturgia este domingo se relacionan con un aspecto central del mensaje que la Virgen María vino a confiar a santa Bernardita: una llamada a la conversión, a la vez tierna y apremiante. En el Evangelio, Jesús dirige una mirada de verdad y profunda tristeza hacia los corazones cerrados: «y ustedes [...] no se arrepienten» (Mt 21,32). ¿Por qué esta herida en el corazón de Cristo? Porque Dios no quiere la perdición de sus hijos. El profeta Ezequiel nos lo recuerda: «Cuando el justo se aparta de su justicia y comete delitos, morirá a causa de ello» mientras que, si se convierte, «ciertamente, vivirá y no morirá» (cf. Ez 18,26.28). Por esta razón, los llamados a la penitencia resuenan en las Sagradas Escrituras y atraviesan toda la predicación del Evangelio a lo largo de los siglos. Adquieren una gravedad salvífica para manifestar su urgencia y necesidad: es hoy —no mañana— cuando hay que convertirse; ahora es el tiempo favorable, el día de la salvación (cf. 2 Co 6,2). Sí, Dios desea que el hombre viva, que abra los ojos y vuelva a Él. Convertirse significa abandonar los senderos del extravío para seguir el Camino de la Vida, abriendo así nuestro corazón a la única Alegría que nunca se acaba.

Jesús mismo no se anda con rodeos cuando exhorta a la penitencia, tal y como nos lo relata, por ejemplo, san Lucas: «Si ustedes no se convierten, morirán» (13,5). Pero él amplía el horizonte de la vida terrenal al de la vida eterna. Mientras que la felicidad aquí en la tierra es una realidad efímera, relativa y, por desgracia, a veces inaccesible para algunos, la verdadera felicidad, en la esperanza, está prometida a todos y debería ser el objetivo principal de nuestra búsqueda, de nuestros esfuerzos y de nuestras decisiones. ¿Acaso no le dijo la Virgen María a santa Bernardita: «No te prometo que serás feliz en este mundo, sino en el otro»?

Esta promesa, pronunciada aquí mismo, resuena con especial fuerza en esta tierra de Francia y sacude nuestras mentalidades contemporáneas. En este momento de la historia, en el seno de una sociedad que busca el progreso y el bienestar material, pero que a veces se ve tentada a olvidar el horizonte de la eternidad, María viene a recordarnos la grandeza y la trascendencia de nuestra vocación a la vida, a la vida eterna. Frente a las corrientes actuales que pretenden redefinir el valor de la vida humana ante la enfermedad, el sufrimiento o la vejez, la Gruta de Massabielle se erige como un santuario de la esperanza cristiana. Aquí no se rechaza ninguna fragilidad. Sus muletas, sus sillas de ruedas, sus lágrimas ocultas no son obstáculos: son el lugar, por excelencia, donde ustedes son respetados plenamente, acogidos y transformados por el amor infinito de Dios. Lourdes es el lugar bendito de una profesión de fe en la belleza y la sacralidad de la vida, porque allí es acogida como un don precioso de Dios, llamado a florecer para la eternidad en el amor del Padre.

«¡Te lo prometo!». Sí, la vida eterna es una promesa firme y segura que el Señor nos hace. Ya nos la ha alcanzado con su muerte en la cruz y su resurrección, y ya la hace realidad cada día en nosotros por la gracia del bautismo. Está a nuestro alcance, pero a nosotros corresponde acogerla libremente, aferrarnos a ella y no ponerle obstáculos; y el obstáculo para la gracia y la vida eterna, el único obstáculo para este amor, es el pecado, el retraerse en sí mismo, ese rechazo a Dios que nos encierra en nuestras propias tinieblas. Por tanto, está en juego nuestra responsabilidad personal, y es grande. Dios nos ha querido libres, pues la libertad

es una condición del amor; no se puede amar por obligación. Esta libertad que se nos ha dado, debemos emplearla para decir «sí» a Cristo y, con la ayuda de su gracia, seguir los pasos de María; un «sí» que se renueva sin cesar, hasta nuestro último aliento: «ahora y en la hora de nuestra muerte», como decimos en el *Ave María*.

Encontramos la insistente llamada a la conversión en las palabras que María pronunció aquí mismo: «¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!». Ella repite la palabra tres veces; e invita a Bernardita a realizar ciertos gestos. ¿Esto por qué? ¿Acaso somos lentos para comprender? ¿Nos consideramos sin pecado con demasiada facilidad? ¿Acaso no la practicamos suficientemente? La Virgen nos pide que hagamos penitencia, no sólo por nosotros mismos, que la necesitamos, sino también «por los pecadores», por un mundo que va mal. ¿Cómo no van a conmover nuestros corazones los conflictos cada vez más extendidos, que destruyen tantas vidas inocentes? Sin embargo, el mal que sufre nuestra época proviene del corazón del hombre; Dios no es responsable de ello: «¿es injusta mi conducta? —dice a los hijos de Israel—, ¿Acaso no es injusto el proceder de ustedes?» (*Ez* 18,25). Por lo tanto, son los corazones de los hombres los que hay que cambiar, empezando por el nuestro.

La penitencia es una obra inspirada por el amor en solidaridad con la humanidad: amor a Dios, con el que queremos reparar la herida de su Corazón causada por nuestros pecados; amor a todos nuestros hermanos los hombres que no escuchan esta llamada a la conversión y a quienes sus faltas los conducen hacia la muerte. Esta exigencia de conversión compromete a la propia Iglesia en su peregrinación terrenal. Debe, ante todo, tener el valor de vivir esa conversión. Para sanar las profundas heridas, las infidelidades y los dolorosos extravíos cometidos en su seno, debemos someternos humildemente a la mirada purificadora del Señor. Es indispensable reconocer nuestras propias faltas para nuestro progreso espiritual, como escribía san Agustín: «Que te desagrade siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres» (*Sermón* 169, 18).

El recordatorio de nuestra Madre acerca del deber que tenemos de oración y conversión nos llena de una gran esperanza, pues ella

nos indica el medio para cambiar el curso de los acontecimientos, medio que no es otro que el de asociarnos a la Pasión de Cristo. Queridos enfermos que conocen el sufrimiento, tan numerosos en Lourdes, ustedes tienen la posibilidad de vivir sus penas y sus dolores en este espíritu de ofrenda para entrar en ese proceso redentor que tanto necesita el mundo. En este sentido, están verdaderamente en el corazón de la Iglesia y su papel es insustituible.

Peregrinos, hermanos y hermanas, no se irán de Lourdes tal y como llegaron: se marcharán como misioneros de la esperanza. Ese es el milagro de este lugar: suscitar la alegría de la esperanza en medio de la prueba y el dolor. La Virgen María sana nuestras miradas y transfigura nuestros corazones, dándoles paz. Conviértanse, en sus países, sus diócesis y sus familias, en testigos activos de esta fuerza y esta ternura divinas, que nos permiten continuar el camino y alcanzar la meta. Impulsados por la oración de los enfermos y el amor de nuestra Madre, caminen con confianza hacia el futuro. No teman las tormentas del mundo: la Santa Madre de Dios vela sobre su caminar, protege a la Iglesia con su manto de ternura y, como Estrella radiante de la mañana, guía sus pasos para darlos a luz, en la alegría, a la vida misma de su Hijo Jesús.

Amén.

[Volver al índice](#)

ÁNGELUS

Prairie del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo con afecto a todos ustedes que han participado en esta celebración eucarística. ¡Gracias por su presencia! Hago extensivo mi saludo a cuantos se han unido a nosotros a través de los medios de comunicación, de manera especial a los enfermos.

Ahora rezaremos juntos el *Ángelus*, oración sencilla y magnífica, que nos ayuda a vivir cada día en conformidad con la voluntad de Dios, siguiendo el modelo de la Virgen María.

Antes de hacerlo quisiera pedirles algo que me viene del alma al estar en este lugar. Aquí la Inmaculada se apareció a santa Bernardita con el Rosario y guió su oración. Por eso, invito hoy a todos los fieles y a todas las comunidades cristianas a rezar el santo Rosario durante el próximo mes de octubre, con la intención particular de que cesen las guerras y se restablezca la paz entre los pueblos en conflicto. Acompañemos la oración con actos concretos de penitencia y de misericordia, y con el compromiso de favorecer siempre el diálogo y la reconciliación.

¡Que nuestra Madre santísima interceda por nosotros!

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LOS ENFERMOS Y ACOMPAÑANTES DEL ACCUEIL NOTRE- DAME

Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Saludo del Santo Padre

*Queridos hermanos y hermanas,
queridos amigos enfermos:*

Es una gran alegría para mí pasar este momento con ustedes aquí en Lourdes, donde desde hace más de ciento cincuenta años, peregrinos de todo el mundo vienen a encomendarle a Jesús, por medio de María, sus sufrimientos, ya sean físicos, psicológicos o espirituales. Aquí la fragilidad no se esconde, sino que se convierte en el lugar de un encuentro sagrado.

Este año, el tema pastoral del Santuario retoma el saludo del ángel Gabriel a María: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28), poniendo de manifiesto este maravilloso intercambio entre dos miradas, la del mensajero del Señor y la de María. En ese cara a cara, la humildad y la generosidad de una joven permiten a Dios realizar su obra de salvación. María no retuvo al Señor para sí, sino que lo ofreció al mundo, al decirnos a cada uno de nosotros: «El Señor está contigo». Esta verdad es el fundamento de nuestra dignidad de personas. Y aquí María nos mira a cada uno como a una persona única, como testimonia santa Bernardita durante las apariciones en la gruta. Esta mirada materna nos confirma que ninguno es invisible a los ojos de Dios.

En una época en la que algunas sociedades tienden a apartar la mirada o a cerrar los ojos frente a la dignidad de la vida humana, «urge ante todo cultivar, en nosotros y en los demás, una mirada contemplativa [...]. Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza,

invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. *Gn* 1,27; *Sal* 8,6). Esta mirada [...] encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad» (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 83), *para que el mundo tenga vida*.

En el diálogo de la Anunciación, mientras el Señor fija su mirada en María, ella descubre que es la elegida de Dios. En el centro de este encuentro, cada uno de nosotros descubre que está llamado de modo personal y profundamente destinado al amor de Dios, que es fuente de vida. La persona humana es, en efecto, «digna» por el mero hecho de existir y de tener como fin la eternidad. Su dignidad no se mide ni se discute.

Sé que, para algunos de ustedes, que sufren a causa de patologías particulares y de dolores a veces terribles, el horizonte puede parecer oscuro, incierto, sin salida. Pero ninguna ley humana debe hacernos perder la certeza de su dignidad. Por el contrario, precisamente en nombre de esta dignidad inalienable de la persona humana debe rechazarse firmemente la tentación de quitar la vida con el pretexto de una falsa compasión. Es imposible considerar normal el hecho de poner fin a la vida. Lo que es legal no es necesariamente moral.

Aquí en Lourdes, ciudad de los enfermos y de la esperanza, invito a toda la comunidad de los agentes sanitarios a recordar el significado profundo de su vocación: hacerse cargo de una persona que sufre, y no eliminarla. Sí, queridos amigos, ısean servidores apasionados de la vida! ıNinguno tiene el derecho, nunca, «basándose en algoritmos de laboratorio, de decidir sobre la vida de un embrión determinado o de una persona de la tercera edad determinada! ıLa medicina nunca podrá convertirse en sierva de la muerte programada!» (*Discurso a los miembros de la Fundación Jérôme Lejeune, 22 junio 2026*). En este sentido, les invito, por un lado, a seguir realizando constantemente estructuras de cuidado paliativo y de investigación; por otro, a acompañar con ternura a los enfermos, como sucede aquí en *Lourdes*, donde médicos,

enfermeros, camilleros, capellanes, equipos de pastoral de la salud y tantos otros ejercitan su vocación al servicio de la dignidad de la persona humana, *para que el mundo tenga vida*. Cuidando de los cuerpos, ustedes cuidan también de las almas. A ustedes, queridos miembros de las asociaciones hospitalarias, pero también a ustedes, agentes sanitarios, que se dedican al servicio de sus hermanos y hermanas, deseo expresarles toda mi gratitud.

Queridos hermanos y hermanas enfermos, quiero decirles: ustedes no son un peso, son el corazón palpitante de nuestra humanidad y un tesoro precioso para la Iglesia. Acompaño con la oración las pruebas que están atravesando. Mi pensamiento se dirige a todos los que no pueden estar aquí y que, desde sus casas o desde las habitaciones de los hospitales, están unidos a nuestro encuentro. Les encomiendo a todos al amor maternal de la Madre del Señor, pidiéndole que les alcance los consuelos de su Hijo Jesús. ¡Que Dios los bendiga y los proteja!

Palabras del Santo Padre a las asociaciones y a algunas personas en situación de precariedad

Me alegra tener la oportunidad de encontrarme con ustedes, queridos amigos y asociaciones, que trabajan para acoger a personas en situación de precariedad o de fragilidad. Los saludo con cordialidad. Este Libro de la Vida es un hermoso regalo que ustedes me hacen. La vida es maravillosa e inestimable, no se desanimen: Nuestra Señora de Lourdes los lleva de la mano.

Les doy las gracias, queridos amigos, por participar en la vida de este santuario, cuya característica única es acoger cada año a miles de personas que atraviesan momentos difíciles, en busca de sanación. Muchas de ellas se marchan con el corazón en paz, transfiguradas por la gracia, listas para seguir adelante. Ustedes son los instrumentos que Dios utiliza para llevar a cabo esta renovación de la esperanza. Para ellas ¿el primer milagro de Lourdes no es acaso haberlos conocido, haber experimentado su generosidad, su dedicación y su cercanía? El testimonio de fe y de amor que ustedes les ofrecen es insustituible en su camino espiritual, y se lo agradezco.

Estoy seguro de que ustedes mismos, tras haber cumplido su servicio, se van de Lourdes cambiados. Los invito a compartir y a dar a conocer entre sus conocidos esta experiencia única, especialmente a los jóvenes, para que descubran la alegría de la entrega y del servicio en nombre de Jesús.

Gracias de nuevo por su cálida acogida. Los encomiendo a todos a la intercesión de la Virgen María, a quien podemos decir con confianza:

Dios te salve, María...

Les imparto la Bendición Apostólica...

[Volver al índice](#)

REZO DEL SANTO ROSARIO Y PROCESIÓN AUX FLAMBEAUX

Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

Domingo, 27 de septiembre de 2026

Esta noche nos hemos reunido para responder a la petición que Nuestra Señora dirigió a los sacerdotes a través de santa Bernardita: «Que se venga aquí en procesión». Qué conmovedor es ver al pueblo fiel, generación tras generación, responder con amor y confianza a la tierna invitación de la Virgen María. Qué consolador es escuchar a los cristianos cantar himnos llenos de fervor y fe, y caminar, con una luminaria en la mano, hacia su Madre del cielo, la Madre que Jesús nos dio en la cruz.

Esa luz que nos guía y nos atrae es la de la esperanza que nunca nos abandona, incluso durante nuestra peregrinación por esta vida, a menudo marcada por las pruebas, pero ya plena de la alegría de sabernos hijos de Dios, amados y salvados por Jesús. Las personas enfermas son testigos privilegiados de esta transfiguración de la existencia a través de la fe y del amor a Dios y al prójimo. Necesitamos participar en esta procesión con ustedes, queridos enfermos, para comprender lo que significa realmente. Como decía el Papa Pío XII: «Nunca, en ningún lugar de la tierra, se ha visto semejante cortejo de sufrimientos, nunca semejante resplandor de paz, serenidad y alegría» (cf. Carta enc. *Le pèlerinage de Lourdes*, 2 julio 1957).

Y si tal milagro es posible —el de suscitar serenidad y alegría en medio de la prueba—, es porque Dios nos concede la gracia de dirigir nuestra mirada hacia un futuro más lejano, más allá de nuestro horizonte terrenal, un futuro de felicidad infinita en Dios, que estamos seguros de alcanzar si nos mantenemos firmes en la fe y la caridad. Por eso, san Pablo nos anima: «Considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará» (*Rm* 8,18). Tengan siempre presentes estas palabras de oro, queridos enfermos: *No hay comparación entre los sufrimientos del tiempo presente y la gloria que se revelará en nosotros.*

Estamos, pues, llamados a perseverar en nuestro camino, una y otra vez, mientras se nos concedan días de vida en este mundo, por el que María nos precede. Y acudiremos confiados a Ella, cuya Inmaculada Concepción resplandece como un faro en medio de la noche. Ella «es signo de la victoria del amor, de la bondad y de Dios, dando a nuestro mundo la esperanza que necesita. Volvamos esta noche la mirada hacia María, tan gloriosa y tan humana, dejándola que nos lleve a Dios que es el vencedor» (Benedicto XVI, *Procesión con antorchas*, 13 septiembre 2008).

«¡Yo soy la Inmaculada Concepción!». Es precisamente así, como María se presentó en este mismo lugar, con gran humildad, pero agradecida a Dios por el privilegio absolutamente único del que Ella gozó y que representa para nosotros la aurora de la salvación. Por los méritos de su Pasión y su Resurrección, Jesús quiso preservar a su Madre de toda mancha del pecado original; hizo de Ella una nueva Eva sobre la que el demonio jamás tendrá poder alguno, y a partir de la cual, todo vuelve a empezar, todo vuelve a ser posible, tanto para el mundo como para cada uno de nosotros.

Por eso, su apoyo y su intercesión no son secundarios para el cristiano que desea acoger la gracia de la Redención obtenida por la sangre de Jesús y luchar contra el mal. Ella es la Estrella del mar —*Stella maris*— que nos socorre en las tribulaciones, como san Bernardo lo expresó tan bellamente: «¡Oh tú que te sientes lejos de tierra firme, arrastrado por las olas de este mundo, no desvíes los ojos de la luz de esta estrella! [...] Si la sigues, no puedes desviarte; si la invocas, no puedes desesperar; si piensas en ella, no puedes equivocarte. Si ella te sostiene, no caes; si ella te protege, no tienes que temer; si ella te guía, no te cansas; si ella te es propicia, llegarás a la meta» (San Bernardo, *Segunda homilía Super Missus est*, 17).

Así pues, queridos hermanos y hermanas, peregrinos y enfermos, que han venido tanto de Francia como de todo el mundo para participar en esta procesión de luz, ferviente y serena, traemos nuestras intenciones más anheladas y urgentes para presentárselas a Nuestra Señora: nuestras intenciones personales y nuestras intenciones por el mundo. Al contemplarla en su Inmaculada Concepción, una alegría y una esperanza invencible

brotan en nuestro corazón pues, vestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada de estrellas, es gloriosa, es poderosa; y, al mismo tiempo, es humilde, está muy cerca de nosotros, es la Madre de Jesús, es nuestra Madre.

Oh Virgen Inmaculada, haz que la luz que llevamos esta noche en nuestras manos no se apague jamás en nuestras vidas, sino que ilumine el futuro, abriéndonos, desde ahora, a las promesas de la vida eterna.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO INTERRELIGIOSO

Centro de Conferencias «Robert Schuman» de Metz

Lunes, 28 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas,

queridos amigos representantes de las diferentes tradiciones religiosas:

Con una gran alegría, pero también con un vivo sentimiento de responsabilidad espiritual, me encuentro hoy entre ustedes en Metz, ciudad de fronteras y de encrucijadas, en el Centro de Congresos que lleva el nombre de Robert Schuman, uno de los padres fundadores de la Unión Europea. Este hombre de fe y de convicciones supo transformar las antiguas líneas de fractura en puntos de esperanza para toda Europa, y se convirtió en un verdadero embajador de la unidad en la diversidad. Siguiendo su ejemplo, nuestra responsabilidad común en cuanto mujeres y hombres religiosos, es la de testimoniar que, más allá de las fronteras, siempre es posible reencontrarse, establecer la amistad y construir la paz.

Dialogar no disminuye nuestra identidad, sino que la expresa con simplicidad y verdad, abriéndose a la diferencia del otro. Como decía mi Predecesor, el Papa Francisco: «El diálogo entre personas de distintas religiones no se hace meramente por diplomacia, amabilidad o tolerancia [...]. El objetivo del diálogo es establecer amistad, paz» (Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 271). Antes que él, el Papa san Juan Pablo II consideraba el diálogo como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hombre (cfr. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2001, n. 10). Según Paul Ricœur, es el camino por el que reconocemos la alteridad como una promesa y no como una amenaza; es el arte del encuentro, del que nuestro mundo tiene una gran necesidad, en las antípodas de la agresividad y de la violencia.

En efecto, invocar el nombre de Dios para legitimar la violencia o la opresión es una profanación de este nombre. Nada de lo que desfigura la dignidad humana se puede reivindicar como una

auténtica inspiración divina. El discurso religioso debe apelar constantemente a desarmar los corazones y las palabras. Esto comporta la responsabilidad directa de cada uno de nosotros, en cuanto guardianes de nuestras respectivas tradiciones.

Por otra parte, si la fecundidad de las tradiciones religiosas se manifiesta, ante todo, en su servicio a la paz y a la fraternidad, ella se expresa de igual forma en su capacidad de proteger, acompañar y servir a la vida. La grandeza de una civilización no se mide por sus éxitos materiales, sino por la manera en la que abraza, protege y eleva la persona humana. Las religiones son guardianas de la vida: ellas afirman su valor sagrado. Su fecundidad se demuestra en su presencia amorosa junto a las personas más vulnerables y más frágiles. Servir a la vida significa envolverla en cuidados, presencia y ternura, sobre todo en la prueba, hasta el final. A nosotros, que estamos abiertos a la trascendencia, se nos encomienda la misión de ofrecer puntos de referencia sólidos, en particular a los jóvenes, para construir una comunión que respete y valore la dignidad de toda persona humana.

Queridos amigos, «la Iglesia considera compañeros de camino a todos aquellos que buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, n. 23). Les agradezco una vez más su proximidad y su presencia. Que la bondad infinita de Dios y su sabiduría nos acompañen y nos enseñen a vivir cada vez más como hijos suyos y como hermanos y hermanas entre nosotros. Que podamos ser nosotros también, allí donde vivamos, artesanos de paz y testigos de una esperanza que no cese de crecer en nuestro mundo.

¡Que Dios les bendiga!

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO «A LAS RAÍCES DE EUROPA POR LA PAZ Y LA UNIDAD»

Centro de Conferencias «Robert Schuman» de Metz

Lunes, 28 de septiembre de 2026

Señor Presidente,

Señor Cardenal,

distinguidas Autoridades civiles y religiosas,

señoras y señores:

Me complace encontrarme en esta ciudad histórica, un cruce en el corazón del continente, para mantener este encuentro con un título tan evocador: «*A las raíces de Europa por la paz y la unidad*». Les agradezco las amables palabras que me han dirigido.

El título propuesto se inspira sin duda en la figura del venerable Robert Schuman, al que hoy queremos rendir un homenaje particular en este centro que lleva su nombre, y sobre todo aquí, en Mosela, región donde él vivió mucho tiempo, donde reposan sus restos y de la cual fue durante muchos años representante en la Asamblea Nacional. Él se inspiró en esta región, con sus vicisitudes en los siglos XIX y XX, para contribuir a dar forma a la Europa de hoy y del mañana, mediante su célebre *Declaración* del 9 de mayo de 1950. Este texto señala al mismo tiempo el punto de partida y de llegada de su compromiso por la reconciliación y la unidad del continente europeo, que marcó toda su vida.

Hoy queremos emprender con el pensamiento, un viaje que parte desde las raíces de Europa para llegar a su presente y mirar hacia el futuro. Nos preguntamos cómo Robert Schuman fue moldeado por la historia de esta tierra, de la que fue hijo, y cómo contribuyó de manera fundamental a dar forma a la Europa moderna, hasta el punto de ser considerado un «padre fundador».

Siempre es difícil definir a Europa, tanto por el presente como por el pasado. Europa, en efecto, fue tomando conciencia de sí misma gradualmente en las épocas históricas de la civilización helenística,

del Imperio romano y, posteriormente, de la difusión del cristianismo, integrando con el tiempo nuevas culturas como las germánicas y eslavas, entre otras, hasta abarcar regiones cada vez más vastas.

Europa debe entenderse, por tanto, como una realidad cultural e histórica antes que geográfica. A lo largo de los siglos, ha adquirido nuevas fronteras y nuevas definiciones, atravesando períodos de crecimiento, profundas crisis y nuevos renacimientos. Un factor constante, que se puede observar en su largo y turbulento recorrido histórico, radica en el hecho de que Europa se ha desarrollado y ha progresado cuando ha sido capaz de asimilar los aspectos positivos de su pasado y de replantearlos de formas nuevas y creativas gracias al encuentro con el otro. De hecho, la civilización europea es también fruto de encuentros seculares, aunque no siempre fáciles. Basta pensar en la presencia de la cultura árabe en la península ibérica, o en la proyección del «Viejo Continente» hacia el «Nuevo Mundo», que generó, a veces de manera dolorosa, síntesis inéditas en el continente americano.

Para entender esta larga historia, sin embargo, no se puede omitir a otro padre de Europa: san Benito, que san Pablo VI proclamó patrono de Europa en 1964, llamándolo «mensajero de paz, realizador de unión, maestro de civilización»^[1]. La ayuda a los pobres, a los enfermos y a los ancianos; la educación de los niños y las universidades; los hospitales y la medicina; la arquitectura y la ingeniería; el desarrollo de las ciencias; el derecho y la organización de las ciudades y de los propios estados: tantos ámbitos, en Europa, han sido profundamente influenciados por san Benito y sus monjes! Sin este acervo monástico, la civilización europea, tal como la conocemos, no existiría. Aquí, en Metz, gracias a la obra, entre otras, de san Crodegango, se respiraba un espíritu benedictino de fraternidad, comunión y vida compartida. Desde aquí, el canto gregoriano se difundió en los territorios carolingios, trayendo armonía y belleza a todo el continente.

No se puede hablar de Europa sin mencionar el cristianismo, como bien sabía Robert Schuman cuando dijo: «El cristianismo ha enseñado la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos del mismo Dios, redimidos por el mismo Cristo, sin distinción de raza,

color, clase o profesión. Ha reconocido la primacía de los valores interiores que solos ennoblecen al hombre. La ley universal del amor y de la caridad ha hecho de todo hombre nuestro prójimo y las relaciones sociales en el mundo cristiano desde entonces se apoyan en ella»^[2].

Otro padre fundador de la Europa contemporánea, Alcide De Gasperi, le hace eco al acentuar el «legado común europeo»^[3], es decir «esa moral unitaria que exalta la figura y la responsabilidad de la persona humana con su espíritu de fraternidad evangélica, con su respeto por el derecho heredado de los antiguos, con su aprecio por la belleza perfeccionado a lo largo de los siglos, con su búsqueda de la verdad y la justicia agudizada por una experiencia milenaria»^[4].

En lugar de ser un criterio confesional exclusivo^[5], la referencia a la deuda de la cultura europea con el cristianismo permite comprender mejor hasta qué punto la apertura a lo trascendente es siempre una dimensión constitutiva de la persona humana y una fuente viva de civilización.

A este respecto, el artículo 17 del *Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea* reviste gran importancia. Promueve «un diálogo abierto, transparente y regular» con las Iglesias, siempre en el respeto y sin prejuicio del «estatuto reconocido en los Estados miembros». La laicidad que rige la vida de los estados no sólo implica el carácter aconfesional de las instituciones civiles, sino que presupone una verdadera colaboración entre las partes, así como el respeto, por parte de las autoridades estatales y comunitarias, de la autonomía de las Iglesias y la promoción de su libertad de organización, de expresión y de culto.

Se trata de remontarse a la fuente de los valores que constituyen el fundamento de la convivencia civil, es decir, a «los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de Derecho» (*Tratado de la Unión Europea*, Preámbulo).

En el presente contexto multicultural, la afirmación de la universalidad de estos valores, que es esencial para su

supervivencia, pasa también por un redescubrimiento de las propias raíces y por la apertura al diálogo con el otro.

Se trata de una necesidad social y política para redescubrir el papel central de la persona humana y dar un significado real a palabras como libertad, democracia, paz y unidad. Para ello, resulta muy valiosa la invitación del Papa Francisco a apreciar la complejidad de la realidad europea en toda la riqueza de sus tradiciones y sensibilidades, acentuando «el reto de una armonía constructiva, libre de hegemonías»^[6].

Este doble movimiento, de redescubrimiento y diálogo, permitirá también encontrar un justo equilibrio entre los derechos mismos, así como entre los derechos y los deberes porque –como recordaba el mismo Papa Francisco– el «concepto de derecho ya no se asocia al de deber, igualmente esencial y complementario, de modo que se afirman los derechos del individuo sin tener en cuenta que cada ser humano está unido a un contexto social, en el cual sus derechos y deberes están conectados a los de los demás y al bien común de la sociedad misma»^[7].

De hecho, la Europa contemporánea se enfrenta a una nueva etapa en su larga historia de encuentros, con la llegada al continente de tantos hombres y mujeres que huyen de zonas de guerra y persecución, o que buscan una mejora de vida lejos de la pobreza y la miseria.

Como dije durante mi reciente visita a las Islas Canarias, en España: «La dignidad humana exige vías legales y seguras, rescate y asistencia, cooperación real contra los traficantes, protección efectiva a las víctimas, procesos serios de acogida e integración, y políticas que permitan a cada persona vivir con dignidad en su propia tierra» (*Encuentro con las realidades de acogida de los migrantes*, 11 junio 2026).

Todo esto, sin embargo, no sería suficiente: acoger a una persona significa integrarla como en la propia familia, ofreciéndole la posibilidad de desarrollar sus talentos, sus capacidades y sensibilidades, pero también de entrar en el espíritu de la casa que la acoge. Hay que captar el alcance histórico de lo que está sucediendo, es decir, un encuentro sin precedentes entre pueblos y

culturas que pide un redescubrimiento creativo de nuestras raíces y, al mismo tiempo, una escucha atenta del otro. La universalidad de los valores fundacionales de Europa nos asegura que este diálogo es posible y que podrá dar una base sólida a nuestras sociedades, permitiendo trabajar de manera más eficaz por la paz y por un mundo reconciliado.

Esta lucidez inspiró a hombres como Schuman a superar la oposición entre las identidades culturales y dar vida a las instituciones europeas, al final de la terrible tragedia de la Segunda Guerra Mundial, mostrando lo grande que es el mal causado por el hombre cuando piensa que no tiene obstáculos en el ejercicio de su poder.

Robert Schuman, conoció fronteras en continua evolución, contribuyó a sentar las bases de una Europa consciente de la urgencia de derribar los muros que la desgarraban. Su formación cristiana le educó en el valor de la igualdad, sin distinción de raza o clase social, y le enseñó la dignidad del trabajo. La sucesión de diversas soberanías nacionales le inculcó la importancia del derecho internacional y el valor de la palabra dada. Habiendo crecido en un contexto donde el orgullo y la venganza parecían prevalecer, Schuman se comprometió con la paz y la hermandad entre los pueblos que, después de haber luchado durante mucho tiempo, finalmente reconocieron que se necesitaban mutuamente.

En consecuencia, ¿cuáles son las enseñanzas de Robert Schuman para la Europa y el mundo de hoy? En primer lugar, un profundo deseo de paz. Lamentablemente, también en Europa, en esta época ha reaparecido la guerra: una nueva «inútil masacre»^[8] que cada día causa innumerables víctimas civiles. Y aún hoy, como en 1950, las palabras contenidas en la *Declaración Schuman* siguen siendo actuales: «La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas»^[9]. Es necesario comprometerse en un diálogo paciente, mostrar audacia en la negociación y estar dispuestos a sacrificar algunas posiciones por el bien superior de la paz.

Sin duda, la búsqueda de la paz en Europa, al igual que en el resto del mundo, no debe confundirse con un irenismo ingenuo. Por el

contrario, las palabras de Schuman son más vigentes que nunca: «La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan»^[10]. Sin embargo, hay que tener cuidado con la ilusión del rearme. «No es casual que los repetidos llamamientos a incrementar el gasto militar y las decisiones que esto conlleva sean presentados por muchos gobernantes con la justificación del peligro respecto a los otros» (*Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2026). Favorecer la paz es una obra activa. Hoy, la pregunta es si realmente estamos haciendo «esfuerzos creativos» para promover la paz en el mundo, o si simplemente estamos tratando de «detener la hemorragia de la guerra» y prepararnos mejor para las que suponemos que todavía están por venir.

La Europa de Schuman es un continente en el que se prefiere el diálogo a la lucha armada; en el que se ponen en común los recursos para que «cualquier guerra [...] no sólo resulte impensable, sino materialmente imposible»^[11].

Según Schuman, Europa se basa en el respeto al derecho internacional que, a diferencia de las legislaciones nacionales, no puede ser impuesto a la fuerza por un estado, sino que se fundamenta en el principio universalmente reconocido *pacta sunt servanda*. Este principio se conserva celosamente en la legislación específica de esta región, que también abarca las relaciones entre el estado y la Iglesia católica sobre la base del Concordato de 1801 entre la Santa Sede y Francia, aún vigente.

El derecho internacional y el multilateralismo hacen hincapié en la igualdad efectiva de los estados en sus relaciones mutuas y constituyen el mejor antídoto contra la voluntad de dominación, que es la raíz de todo conflicto. Hoy en día, las relaciones humanas y entre los estados se vuelven cada vez más bárbaras. Se menosprecia el valor de la palabra dada; y se presume más bien la mentira y el engaño. Europa puede poner fin a esta espiral gracias al respeto por el otro, que ha sabido cultivar y preservar, pues ha demostrado ampliamente, en los últimos ochenta años, que es posible hacer valer opiniones, reivindicaciones e intereses divergentes, encontrándose en lugar de enfrentarse.

Schuman nos recuerda que siempre hemos de ser realistas y valientes: «Europa –afirmaba– no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho»^[12]. Nunca debemos perder la fe en nuestra capacidad de progresar, aunque los pasos que demos sean a veces pequeños y casi imperceptibles. La exigencia moderna de «tenerlo todo, ya» no se ajusta a la historia y la cultura europeas, las cuales, por el contrario, enseñan el valor del tiempo y de la paciencia. Sólo con pequeños pasos se puede dar vida a esta solidaridad concreta, que implica que nadie se sienta abandonado u olvidado.

Compartiendo estas reflexiones, pienso ante todo en los jóvenes, llamados a construir la Europa de hoy y del mañana. Como observó Schuman: «Que esta idea de una Europa reconciliada, unida y fuerte sea, a partir de ahora, la consigna para las jóvenes generaciones deseosas de servir a una humanidad liberada al fin del odio y del miedo y que, después de desgarramientos demasiado largos, aprende nuevamente la fraternidad cristiana»^[13].

A los jóvenes les digo: tengan el valor de vivir de manera responsable la misión de construir la paz, en su corazón, en sus relaciones, en su familia, en las escuelas y universidades, en la vida de sus ciudades, de sus pueblos y de toda Europa.

No se sometan a la lógica de la violencia y la opresión.

¡Amen la vida en cada momento y no le teman al futuro!

No tengan miedo de formar una familia, de tener hijos, de defender la dignidad de cada persona, desde el primer instante en el vientre de la madre hasta su último aliento.

No tengan miedo de trabajar incansablemente al servicio del bien de sus comunidades, incluso a través del compromiso político.

¡Sean artífices de comunidad!

Y junto a ustedes, Europa, firmemente arraigada, seguirá floreciendo e inspirando al mundo entero.

Que Dios los sostenga en estas decisiones y que bendiga y proteja a toda Europa.

-
- [1] S. Pablo VI, Carta ap. *Pacis nuntius* (24 octubre 1964): AAS 56 (1964), 965. <<
- [2] R. Schuman, *Por Europa*, Madrid 2006, 42-43. <<
- [3] Cf. A. De Gasperi, *La nostra patria Europa. Discorso alla Conferenza Parlamentare Europea*, 21 abril 1954, en: *Alcide De Gasperi e la politica internazionale*, Roma 1990, vol. III, 437-440. <<
- [4] *Ibíd.* <<
- [5] Cf. *ibíd.* <<
- [6] Francisco, *Discurso al Consejo de Europa* (25 noviembre 2014). <<
- [7] Francisco, *Discurso al Parlamento europeo* (25 noviembre 2014). <<
- [8] Benedicto XV, *Carta a los jefes de los pueblos beligerantes* (1 agosto 1917): AAS 9 (1917), 423. <<
- [9] *Declaración Schuman*, París, 9 mayo 1950. <<
- [10] *Ibíd.* <<
- [11] *Ibíd.* <<
- [12] *Ibíd.* <<
- [13] R. Schuman, *Por Europa*, 36. <<

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

Catedral de San Esteban (Metz)

Lunes, 28 de septiembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy muy contento de presidir esta Eucaristía, durante la cual encomendamos al Señor el camino de la comunidad diocesana de Metz y el de toda Europa. En esta tierra histórica del río Mosela, que nunca ha dejado de ser una encrucijada de pueblos, y fue una frontera dolorosa en Europa, la promesa de Dios resuena hoy con una fuerza singular.

En la primera lectura (cf. *Is* 32,15-18), el profeta Isaías habla de la venida del Reino de Dios en términos de derecho, justicia y paz. Recurre a tres imágenes: el desierto, el jardín y la casa.

En el *desierto*, lugar de la sobriedad y del silencio, se instaura el derecho, es decir, la ley que ayuda al hombre a recorrer el camino del bien. Esta imagen austera nos recuerda la importancia de lo esencial y de la sencillez, que nos permiten atribuir el justo valor a las cosas, formándonos al mismo tiempo en la renuncia y el sacrificio.

La segunda imagen es la del *jardín*, donde reina la justicia. Si el desierto es el lugar de lo esencial, el jardín es el lugar de la belleza. Allí hay agua, las semillas se abren, despuntan los brotes y nacen las flores, cada una con su propia gracia particular. Este es el efecto de una vida recta, que permite a la persona realizarse plenamente, adhiriéndose libremente a los designios del Señor.

La tercera imagen es la de la *casa*, lugar de paz. Notamos que, si el desierto y el jardín son contextos en los que predomina la acción de Dios, que hace germinar y crecer, la construcción de una casa requiere, en cambio, una contribución más directa y más importante por parte del hombre, con el uso de fuerzas y competencias, a través de un esfuerzo común, una auténtica «obra en proceso». Así la paz, que es don de Dios, exige una respuesta por parte de los hombres en un esfuerzo compartido. Por otro lado, más que una simple construcción de piedras, la casa es un

lugar de presencia humana y de amor. En este sentido, la Palabra profética nos recuerda cómo, en un mundo marcado por el límite, la concordia sólo se construye en la caridad, que sabe compartir alegrías y dolores, animar y perdonar, sin cálculos ni límites, como en una familia.

También el Evangelio que acabamos de escuchar nos habla de esto (cf. *Mt* 5,38-48). Mientras que hoy, en el mundo, somos testigos de tanta violencia, manipulación y arrogancia, a diversos niveles, Jesús nos enseña a transformar el desierto en un oasis, a cultivar jardines y construir casas. Nos indica el camino que pasa a través del perdón, la misericordia y la magnanimidad. «Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiere hacerte un juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto; y si te exige que lo acompañes un kilómetro, camina dos con él» (*Mt* 5,39-41).

Estas palabras podrían parecerles a algunos un signo de debilidad, o quizá una rendición frente al mal; pero no es así en absoluto. Miremos dentro de nosotros, profundamente, y miremos a nuestro alrededor: ¿qué producen, en el mundo y en nosotros mismos, actitudes como la venganza, la represalia y el rechazo? ¿Y qué futuro para la humanidad dejan entrever las relaciones y los sistemas impregnados por las lógicas despiadadas que derivan de estas actitudes? Ustedes que son los hijos de esta tierra, lacerada en el pasado por conflictos fratricidas, saben bien que no es verdad que el que comete venganza es más fuerte que el que perdona. No es verdad que el que no cede es más fuerte que el que busca la reconciliación. No es verdad que el que se marcha azotando la puerta es más fuerte que el que afronta el esfuerzo de caminar juntos.

Metz y el río Mosela testimonian al mundo entero que la reconciliación es posible sólo cuando se tiene la valentía de romper las cadenas del resentimiento. Se necesita fuerza y gran equilibrio para no dejarse abrumar por el mal, sobre todo cuando las heridas sufridas son profundas. Pero, frente a la injusticia, el único camino de salvación para el hombre es el amor que se hace cargo del otro y que busca brindar confianza, independientemente de las circunstancias, incluso frente a los comportamientos más

difíciles de aceptar (cf. *Mt* 5,42). Así, ley, justicia y paz son etapas de un camino de conversión que, siendo personal, se vuelve cada vez más comunitario, en favor de una civilización respetuosa del hombre y de su Creador.

No es casual que san Agustín definiera la paz de la ciudad celeste como una comunión armoniosa, en la que los hombres gozan de Dios y, en Él, los unos de los otros (cf. S. Agustín, *De civitate Dei*, XIX, 13.1). Él habla también de la paz entre los hombres como del fruto de una *tranquillitas ordinis*, en la que cada uno reconoce y respeta en el otro una dignidad y un rol únicos y sagrados.

Aquí en Metz, es bueno recordar que estos son precisamente los valores sobre la cual ha sido construida, a lo largo de los siglos, la Europa que conocemos, con su patrimonio espiritual y moral, aun antes que económico y político. Como a san Juan Pablo II le gustaba recordar con emoción (cf. *Acto Europeo en Santiago De Compostela*, 9 noviembre 1982), Europa hunde sus raíces en la vida y en la obra de hombres y mujeres que han vivido, predicado y compartido las enseñanzas del Evangelio. Lo atestiguan la gran contribución espiritual, cultural e incluso agrícola y artesanal que el monacato ha aportado a la historia del continente, además de la obra de santos como el gran Crodegango, incansable Pastor de esta comunidad que, precisamente aquí, en la *Regla de los canónigos*, dio una forma visible a la comunión eclesial.

De allí se han transmitido los fundamentos morales del mundo en el que vivimos: principios como la primacía de la persona y el carácter sagrado e inviolable de la vida humana, en todas sus fases y en toda circunstancia; la tutela de la libertad de los individuos; la importancia esencial de la familia como fundamento de la sociedad; la atención a los pobres y a los más necesitados; la acogida del extranjero y el respeto a los ancianos.

Esta Iglesia local, que conserva el legado único de un diálogo fecundo entre sociedad civil y fe, en virtud de su estatus particular, tiene la responsabilidad de ser un taller viviente de esa fidelidad. Permanecer fieles a esos pilares no ha sido fácil, ni siquiera para aquellos que nos han precedido. Sin embargo, con coherencia y perseverancia, nuestros antepasados nos los han dejado en herencia como tesoros, para transmitirlos a su vez a las

generaciones futuras, enriquecidos por nuestra experiencia, por el valor de nuestros esfuerzos y de nuestras historias.

La magnífica Catedral de esta ciudad, en la que nos encontramos, ilustra muy bien todo eso; conocida como *Lanterne du Bon Dieu* por sus 6.500 metros cuadrados de vidrieras historiadas. Pareciera que los constructores hayan querido reducir al mínimo las paredes, que sin embargo permanecen sólidas, para que la luz pudiera llegar en abundancia a los fieles. Quien entra allí se encuentra de ese modo inmerso en una riquísima *biblia pauperum*, fuente de oración y meditación, a través de reflejos de miles colores. Y en este lugar de luz, el esplendor de las vidrieras históricas se ha enriquecido recientemente por el genio de Marc Chagall. Las obras de este gran pintor judío, colocadas en los muros de la Catedral, transforman la «Linterna del Buen Dios» en un extraordinario símbolo ecuménico y de diálogo interreligioso. Esta Catedral nos dice que la luz del Señor no suprime la especificidad, sino que une historias y culturas diferentes en un único y maravilloso mosaico de paz, necesario en nuestra época, azotada por nuevas divisiones y nuevos conflictos. Contemplando estas vidrieras, aprendemos que el futuro de Europa no reside en la uniformidad, sino en la armonía de las diferencias, donde la herida del pasado se convierte en una fisura que deja filtrar la luz.

En esto hay un símbolo de nuestra identidad como Iglesia. También nosotros utilizamos estructuras, que sólo tienen sentido en la medida en que nos ayudan a llevar al mundo la luz del Evangelio. Sin estas vidrieras, las ventanas de la catedral de *Saint-Étienne* no serían más que espacios inundados de una luz enneguecedora. Con las vidrieras, se convierten en libros que nos reúnen para recordar historias maravillosas, llenas de heroísmo, de bondad, de misericordia, de amor y de belleza moral, de las que a su vez debemos ser testigos generosos y valientes.

Este es el deseo que comparto con ustedes, con gratitud y confianza, al finalizar mi viaje a Francia, para su comunidad de Metz, llamada hoy más que nunca a ser un faro de esperanza para este país, para Europa y para el mundo, encomendándola a las oraciones de la Virgen María y de sus santos patronos.

[Volver al índice](#)